

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO – C E L A M–

REUNION DE COORDINACION

BOGOTA, FEBRERO 23-28 DE 1976

REFLEXIONES SOBRE MEDELLIN

Departamento de Laicos
Alberto Methol Ferré
Secretario Ejecutivo

I

LAS IDEAS RECTORAS DE MEDELLIN

II

FAMILIA Y DEMOGRAFIA

III

**PASTORAL DE ELITES
MOVIMIENTOS SEGLARES**

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO – C E L A M–

REUNION DE COORDINACION

BOGOTA, FEBRERO 23-28 DE 1976

ESTUDIO DE LOS DOCUMENTOS DE MEDELLIN

Tres aspectos:	3.	Familia y Demografía	(2)
	7.	Pastoral de Elites	(5b)
	10.	Movimientos Seglares	(6)

Departamento de Laicos

Como trabajo del CELAM, a los veinte años de su fundación, se ha determinado una reflexión recapituladora sobre el acontecimiento central de Medellín, y se ha encomendado al Departamento de Laicos abordar el Documento Final –agosto/septiembre de 1968– desde la perspectiva de *tres capítulos: Familia y Demografía; Pastoral de Elites y Movimientos Seglares*. Las áreas así determinadas corresponden perfectamente al ámbito de acción del Departamento de Laicos. En rigor, dada la vastedad de su competencia –el mundo laical– está involucrado directamente, por la casi totalidad de los documentos de Medellín. Ciertamente que eso acontece también con todos los otros Departamentos, pues la realidad no puede cortarse en rodajas ni es una suma de fragmentos. Pero quizá el Departamento de Laicos sea, por su índole, el más necesario y explícitamente abarcativo.

Esta situación especial del Departamento de Laicos le obligó, desde sus principios, a tomar una perspectiva global sobre América Latina, de la inserción de la Iglesia en ella, el perfil de su dinámica y problemas fundamentales. Sin una visión global inicial a modo de hipótesis, como ya se planteó en 1970 en la primera reunión del Departamento, era imposible generar ninguna acción coherente: se hubiera perdido en la selva de innumerables incitaciones. De tal modo, ha sido consustancial al Departamento la preocupación por no perder de vista el movimiento totalizador para guiar su acción. Esa exigencia de totalización tomó, en la historia del Departamento, y según el curso de sus experiencias y reflexiones, diferentes formas. Hubo desarrollo de sus perspectivas, modificaciones, ajustes. No es éste lugar para mostrar la lógica de ese proceso, pero tal situación viene al caso para justificar nuestro abordaje a la temática propuesta. Pues con antelación a la entrada de los tres aspectos encomendados, nos es necesario determinar cuál es nuestra visión del conjunto de Medellín. Los tres documentos son partes de un conjunto, y se harían ininteligibles si no fijáramos el espíritu rector de ese conjunto.

I – Las ideas rectoras de Medellín

Parecería extraño que el conjunto de Documentos de Medellín pudiera sintetizarse en una principal idea rectora. Es muy difícil que en una reunión con tantos parti-

cipantes, obispos y expertos, de múltiples experiencias, especializaciones y formaciones, pudiera encontrarse más la unidad dominadora de una idea que el equilibrio de tres o cuatro vertientes. Y sin embargo, *todo Medellín puede y debe entenderse a la luz de una idea capital: participación*. Es desde el horizonte de “la participación” que se ordenan todas las reflexiones y resoluciones de Medellín. *Es la “participación” lo que genera el movimiento constructivo de Medellín y a la vez el espíritu crítico de Medellín. Para nosotros, todo Medellín se resume en: “participación”*.

Esto no es extraño, sino perfectamente comprensible. En Medellín alcanza uno de sus apogeos esa idea - fuerza” de la participación, pues no es de su exclusividad, sino que refleja un movimiento incesante en la Iglesia Católica, que va tomando cuerpo desde la Segunda Guerra Mundial, en todos los ámbitos del pensamiento católico, desde el político al socio-económico, desde el filosófico al teológico, desde las concepciones de la sociedad global a la eclesiología. Su primera gran eclosión unificada, que abarcó la totalidad de la Iglesia, fue el Concilio Vaticano II. Allí tocó todas las formas de vida de la Iglesia, introdujo grandes variantes desde la liturgia hasta los modos de relación con el “mundo”, pasando todo a través del acento de la Iglesia como “pueblo de Dios”. Como es obvio, el laicado en la Iglesia cambió su situación, tanto en relación a ella, como en lo que respecta a sus tareas en el “mundo”. Los últimos veinte años de vida eclesial serían ininteligibles sin esa clave de la “participación”. Medellín es un momento particular y privilegiado de ese despliegue.

No es ésta ocasión de rastrear las vicisitudes y luchas de la idea de participación, de sus ligazones concretas con la experiencia histórica, con la situación social, con los problemas políticos, con la vida de la Iglesia. Es una larga historia, con profundas raíces en la Iglesia, desde sus orígenes, pero que a nuestros efectos interesaría más la percepción de su crecimiento y de sus causas, en este siglo XX. Hay una profunda correlación entre las dinámicas sociales, culturales, filosóficas, políticas y eclesiales. No por supuesto identidad mecánica ni reduccionismos fáciles. Son procesos muy complejos. Para determinar su sentido, podríamos elegir muchos caminos. Pues la polivalencia abarcativa de “participación” es inmensa. Por economía del discurso, que debería ser demasiado desproporcionado para nuestros fines concretos, y en razón de su accesibilidad conceptual, que permite definir con mayor claridad, tomaremos como acceso la vía de la filosofía, aparentemente tan alejada de todo esto. Pero las lejanías alientan en el corazón de lo más cercano.

Dentro de la tradición filosófica más imponente en la Iglesia, que es la de Santo Tomás, todo un sector del tomismo contemporáneo ha venido acentuado cada vez más la idea de “participación” como centro de todo el sistema. Para ser precisos: desde C. Fabro (*La nozione metafisica di partecipazione* 1939) y L. B. Geiger (*La participación dans la philosophie de S. Thomas*. 1941). Se ha prolongado en la forma variada en De Raeymaeker, Siewert, Hayen, De Finance, etc. Ha tenido su máximo esplendor en el filósofo cristiano francés Luis Lavelle, que a pesar de su distancia con respecto a lo histórico concreto, creo que ha influido mucho más de lo imaginable en todo el pensamiento católico. Sin duda más que el existencialismo de en-

tonces, con su énfasis en lo intersubjetivo, en lo vivencial o existencial. La participación es una idea que incluye y desborda tales estrecheces. Lavelle ha tenido, acorde con su ser, una influencia silenciosa, sosegada, más bien indirecta, pero omnipresente en las raíces. No todos los vericuetos de la historia son ostensibles.

Participación es una idea que se refracta en todos los ámbitos, políticos, económicos, sociales, eclesiales, pero que conserva su unidad radical. Ese sentido profundo, que es el vivido, el que está implícitamente aceptado por los cristianos, podemos sintetizarlo acudiendo a Lavelle: *“Lo propio de la participación, es descubrirme un acto que en el momento que lo realizo, me aparece a la vez como no-mío, como universal y personal conjuntamente”*. *“En lugar de decir como el sentido común, y quizá como el materialismo, que somos una parte del mundo, nosotros diríamos que participamos en la operación por la cual el mundo no cesa de hacerse”*. *“No es una participación en algo ya realizado, que nos permitiría apropiarnos de una parte... Se participa en un acto en tren de realización, pero que se realiza en nosotros y por nosotros, gracias a una operación original.”* *“La participación guarda siempre en sí misma un carácter personal, no sólo porque supone el acto de la persona, sino porque en lugar de ponernos en relación con un principio universal y abstracto, ella nos une a un Ser viviente y concreto, cuya presencia reconocemos en todo, con el cual formamos sociedad y anudamos lazos de amistad”*. Son citas de “Del Acto” de 1937. Nos parece que hacen comprender los contenidos últimos, metafísicos, religiosos, de la idea de participación. Es con esas resonancias que los cristianos la usan incluso como concepto sociológico. Participación implica totalidad, pero con un contenido activo y dinámico. Tiene un contenido cualitativo, que incluye identidad y diferencia, igualdad, jerarquía y libertad, y que va más allá de una acepción cuantitativa o estática.

Si tuviéramos que contraponer la idea de “participación” a la que definía la etapa anterior en la vida de la Iglesia, en cuanto vigencia, y desde el siglo XIX, elegiríamos la idea de “orden”. Creo que así podríamos caracterizar la novedad, en relación a tiempos anteriores. “Orden” es una idea muy rica y compleja, pero en la acepción antaño vigente en la Iglesia, tenía una connotación estática, casi exclusivamente jerárquica, de reglas a conformarse, de mandato. Tenía un sabor rígido y autoritario. Pero esa era su acepción dominante. Era tan usada por los católicos como hoy la de participación. Era igualmente omnipresente. Tanto, que aún “socialistas religiosos” tan avanzados como Theodor Steinbüchel, un tomista en diálogo con el marxismo allá por los años 20, la ponían en el centro de su pensamiento. A la inversa hoy, aún cristianos conservadores la han desterrado de su vocabulario, por su excesivo sabor fijista. Los cristianos de hoy le huyen a esa palabra como a la peste, por su aparente conformismo, por su reducción a “status quo”. Sin embargo, de suyo, el concepto de “orden” trasciende a esas restricciones, es infinitamente más rico y necesario, y la “participación”, en el fondo, no sólo es ruptura con esa idea anterior, sino a la vez su mejor ahondamiento, su dinamización, el acento en la inclusión de la libertad, antes demasiado borrosa. Así, “participación” evoca y repudia a orden, es a la vez ruptura y continuidad con “orden”. No insistimos sobre este

punto, tan vital, tan interesante, pues nuestro objeto es sólo señalar el marco de donde emerge “participación”. De modo inevitablemente simplificador. Diríamos que “participación” niega, asume y supera aquel “orden”. La verdad es que la palabra “orden” es muy equívoca, en tanto “participación” es más unificada y analógica.

Participación implica “totalidad”. El pensamiento católico siempre ha sido totalizante, aún en sus más diversas formas. No ha sido nunca “individualista”, “atomístico”, analítico, como la tradición del pensamiento liberal, y aún de gran parte del protestante. Pero “participación” es un modo de reasumir por la Iglesia tradiciones democráticas, de libertad política, que en gran parte se habían formado fuera de ella y aún contra ella. Y a la vez, un modo de asumir las corrientes socialistas de nuestro tiempo, sus exigencias colectivas, reivindicativas, pero subrayando la presencia de la libertad, su distancia con las formas totalitarias del Estado, su preferencia por estructuras más plurales y autónomas, a la vez que rompiendo con sus supuestos “inmanentistas”. Nadie ignora el materialismo que anima vastas corrientes del socialismo contemporáneo, su dogmatismo metafísico de la visión de un hombre autocreador, independiente, dios de sí mismo. En este aspecto, “participación”, en el orden ontológico, implica afirmar la noción de creatura del hombre, y a la vez su potencial dinámico y autónomo. Dice Santo Tomás: “lo que tiene existencia y no es la existencia es el ser por Participación”. De tal modo, “participación” envuelve afirmaciones religiosas, ontológicas, políticas, sociales, económicas. Este conjunto unificado de significaciones es lo que ha asegurado a “participación” su éxito tan extraordinario en la Iglesia. También responde a grandes anhelos y ensambla con el espíritu crítico, bajo diferentes aspectos, tanto dentro del mundo capitalista como del mundo socialista, así como en el ámbito de las relaciones internacionales entre el Tercer Mundo y los países dominantes industriales. A los ojos de la Iglesia, en los últimos años, “participación” en su polivalencia, la mantiene en su identidad, y le sirve como criterio tanto crítico como constructivo. Y esto, sin que la Iglesia, en cuanto magisterio, proponga un “modelo” concreto de sociedad, función que no le corresponde, como insiste Pablo VI en su carta apostólica “Octogésima Adveniens”, de 1971. La Iglesia en cuanto tal, aunque no proponga modelos, sí debe orientar. Y participación sintetiza muy bien la orientación propia de la Iglesia en el mundo actual.

Es de señalar que “participación” no es una idea que surja entre dos extremos, como “justo medio” en su sentido más vulgar, sino todo lo contrario. Es “justo medio” en su significado clásico, que *apunta antes la vía recta por sí misma: desde ella* es que pueden tipificarse los extremos como desviaciones, se forma la idea misma de los extremos, configurándolos así desde su origen críticamente. No el “justo medio” como agregado posterior, mal nacido como amenguamiento de los extremos hasta un punto imaginado “medio”. Si, es el configurador de los extremos, y no la resultante desvaída del choque de los extremos, su conciliación artificiosa. De tal modo, “Participación” no connota ningún eclecticismo o yuxtaposición derivada, sino que *vertebra desde sí misma todos los niveles de la realidad y es principio hermenéutico para entender las oposiciones. Ella es la que define a los extremos, pero no es definida por ellos*. De ahí el aprecio eclesial por esta idea, que permite constituir y criticar a los extremos, sin apelar a sincretismos ajenos a su propia raíz y

misión. Por ellos está siempre la Iglesia amenazada en la historia, lo que le impone un incesante ejercicio de discriminación, para mantener y renovar el meollo de su ser auténtico. Lo que no comporta que versiones más específicas y situacionales de "participación" no puedan incurrir en mezclas eclecticas, o que no puedan derivarse "modelos históricos" muy diversos en lo concreto, en pos de un horizonte de "perfecta participación". El pecado en la historia, tanto en su dimensión colectiva estructural, como personal, corroe e impide toda plenitud de participación", lo que no la hace menos exigible, sino alma de todo dinamismo positivo, principio y meta. Además está decir, que "participación" no es una idea simple, sino susceptible de vastas complicaciones, ahondamientos y ramificaciones.

De hecho, en la historia hay una guerra de palabras, de la más alta importancia. Las significaciones son poderes formidables. Quien acuña y pone su sello a una palabra, siempre está ligado a su irradiación. Su universalización es también signo de la presencia del acuñador original. Por ejemplo, "alienación" es índice del gran impacto del marxismo, aún entre sus enemigos. Del mismo modo, podríamos decir que "participación" es índice de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo, aún en sus más alejados y hasta indiferentes interlocutores, y sin que así lo quieran.

Esta reflexión introductoria sobre qué define primariamente a Medellín en su conjunto, nos pareció un pre-requisito esencial al abordaje de nuestros temas específicos, para determinar en ellos su propio principio unificador. Lo hemos hecho del modo más breve posible, para su justa comprensión, aunque sea cuestión de suyo mucho más amplia, si quisiéramos una imagen más cabal. Tomamos la filosofía como medio de acceso, no porque creamos que sea causa principal o determinante, sino porque se presta por sí misma para ciertas precisiones conceptuales de base.

Manteniéndonos en el plano de lo más general, la segunda idea rectora de Medellín es tomar a América Latina como una *comunidad de pueblos en transformación*, una comunidad de pueblos con una historia propia, con valores específicos y con problemas semejantes y donde el enfrentamiento y las situaciones deben responder a esa historia, a esos valores y a esos problemas. Y que la Iglesia es parte de esa comunidad de pueblos, desde sus orígenes hasta hoy. Ella es parte del ser latinoamericano, con luces y sombras ha contribuído decisivamente en su gestación histórica. Tiene gran cuota de responsabilidad en su pasado y su futuro. En el todo de la historia universal, la historia de América Latina es también porción de la historia de la Salvación. La historia profana participa de la historia sagrada, salvífica. Los destinos concretos de América Latina importan entonces esencialmente a la Iglesia. Medellín trata de la "presencia de la Iglesia en la transformación de América Latina".

Tan importante es esa transformación, que Medellín cree que "estamos en una nueva era histórica". O sea, que es una transformación muy profunda, definitoria de toda una nueva configuración histórica "umbral de una nueva época".

"Percibimos aquí los preanuncios del parto doloroso de una nueva civilización."

No es asunto de cambios en lo mismo de siempre, dentro de las pautas ya aceptadas o conocidas. Por el contrario, tan hondos son los cambios, que exigen una actitud creadora: “es el momento de inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar, y que sobre todo, habrá de ser llevada a término con la audacia del Espíritu y el equilibrio de Dios”. Esta exigencia vale para la Iglesia y para América Latina, es urgente y clamorosa, pues “la transformación, además de producirse con rapidez extraordinaria llega a tocar y conmover todos los niveles del hombre, desde el económico al religioso”. Entonces, esta *segunda idea rectora*, la de una comunidad histórica de pueblos penetrando en una nueva época, y dentro de ellos la Iglesia, se complica y clarifica *ligándose al criterio de la primera idea de “participación”* de modo que su conjugación permite un análisis más detallado, en distintas dimensiones.

Si participación es libertad, dinamismo, solidaridad, orden justo, su falta o amenguamiento es opresión y marginalidad, fijismo, exclusivismo, desorden establecido. *Es desde el criterio de la participación que nace el imperativo de la “liberación”*. Esta es la lógica que preside el análisis y las propuestas de los documentos básicos de *Justicia y Paz. Desde ellos se ilumina todo el conjunto de Medellín*. Por eso aquí los damos ya como sobrentendidos, pues no nos corresponde entrar en su examen. Pero pasemos a la *tercera idea rectora* de Medellín, sin la cual las dos anteriores quedarían un poco en el aire.

Supuesta ya la dinámica polivalente de la “participación” y sus implicaciones liberadoras tanto en el orden interno como externo, *¿en qué marco general se inscriben esas exigencias? ¿Cómo caracterizar los rasgos más generales propios de la situación que exige ruptura de dependencias externas, ruptura con opresiones internas? ¿Dentro de qué pasaje histórico? ¿De qué “épocas” se trata?* Aquí Medellín no es muy claro, y es más lo implícito que lo explícito; más lo obvio que lo expuesto. Pero es peligroso no deslindar lo obvio, pues conduce a vacilaciones en el pensamiento, a oscuridades innecesarias que llevan a fluctuaciones conceptuales ambiguas. En distintos momentos Medellín habla del pasaje de una *sociedad rural o una urbana*, a la emergencia de una “civilización urbana”, a la “modernización” en implícito contraste con lo “tradicional”, al “desarrollo” en contraste con el “subdesarrollo”, a la “dependencia de centros de poder económico”, y su “imperialismo del dinero”. Sin duda, es un repertorio de conceptos perfectamente ensamblables entre sí, y de hecho así acaece. Pero nos parece que no terminan de exhibir y anudar su sencilla unidad. La tercera idea rectora está como dispersa, aunque presente en todo Medellín. Por ella adquieren carnadura la participación y el cambio de época en los pueblos latinoamericanos y la Iglesia.

Dentro del espíritu de Medellín, el Departamento de Laicos se vió obligado a una mayor atención en esta tercera constelación rectora, le era imperativo unificarla en una hipótesis sencilla que permitiera su despliegue en muchas especificaciones. Nos era vital una hipótesis general que autorizara desarrollos individualizantes de esa tercera idea un poco descoyuntada. Pues si no teníamos el instrumental mínimo para caracterizar el “pasaje” de una época a otra época, y si ese instrumental no contenía

potencialmente diversos modos de despliegue, entonces nos veríamos constreñidos a sumar o juntar ideas de "afuera", sin demasiada ilación. Si la constelación estaba demasiado descoyuntada en la partida, eso no facultaba para un avance congruente. Por eso, este tercer punto fue central en las preocupaciones del Departamento de Laicos, y lo sigue siendo. Si no hay un mínimo de claridad organizada sobre la índole del "pasaje histórico", las confusiones se vuelven una túnica de Neso.

No vamos a entrar en la historia de la evolución del Departamento de Laicos en lo que a este punto se refiere. Pero el asunto es tan relevante para la evaluación congruente de Medellín y sus consecuencias que merece la máxima consideración. Digamos simplemente el estado actual de la perspectiva del Departamento de Laicos.

¿Cómo caracterizar el *pasaje* de una época a otra épocas? ¿Cuáles - las categorías más sencillas e idóneas para ello y para nuestros fines? La elección - fue deliberadamente poco complicada, justamente para permitir luego la introducción del mayor número de variables y especificaciones. Para nosotros el *pasaje*, en sus - términos más generales e indeterminados, pero suficientes para nuestros fines, es el - *tránsito de sociedades "agrario-urbanas" a sociedades "urbano-industriales"*. En la historia universal, tras los inmensos tiempos en los que el hombre formó pequeñas so- - ciedades de recolectores, cazadores y pescadores, sobrevino desde el neolítico la "re- - volución agraria" que fue la generadora de las "ciudades". Se formaron así socieda- - des agrario-urbanas desde el IV milenio antes de Cristo, ya con las altas culturas de Sumer y Egipto. Lo determinante de la civilización agraria-urbana es el control - por el hombre del mundo vegetal y animal disponible, logrando su aumento planifi- - cado. Lo determinante de la civilización urbano-industrial es el control en vasta esca- - la de nuevas fuentes de energía mediante convertidores inanimados, lo que implica - la revolución científica físico-matemática. Ya la sociedad urbana no depende del agro, sino que la sociedad urbana mediante la industria, recrea y transfigura en "fábrica" el - agro mismo. Estos dos polos de "agrario-urbano" y "urbano-industrial", sin entrar aho- - ra en mayores detalles, permiten determinar ciertas formas básicas de relación del - hombre con la naturaleza y del hombre con el hombre. También nos dan ciertas vías para acceder a distintas "formas de vida religiosa", es decir a la relación hombre-Dios (o lo sagrado). Pero aunque tengan base histórica evidente, esas categorías *no adelan- - tan a priori* cual es "de suyo" la evolución de la Iglesia (o de lo sagrado) en sociéda- - des agrario-urbanas antes, y en sociedades urbano-industriales ahora. O en tránsito entre unas y otras. Deja eso abierto para exámenes bien concretos. Esto tiene grandes ven- - tajadas, en relación a categorías más usadas actualmente en la sociología y que prejuz- - gan demasiado. Por ejemplo: las categorías de sociedad tradicional-sociedad moderna, que corresponderían aproximadamente a aquéllas, definen apresuradamente mucho - más, un poco alegremente. Así, se supone que el tránsito de lo "tradicional" a lo - "moderno", es igual a secularización, a desacralización, a caída de lo religioso. Si - fuera así, la Iglesia nada tendría que hacer más en la historia, pues avanza hacia su desaparición. No hay que alarmarse por esto: no son más que ingenuas filosofías de - la historia disfrazadas de "ciencia sociológica". Que *elevan a categoría definitiva y - orientadora de toda la historia el hecho coyuntural y no estructural que, en la emer-*

A nuestro criterio Medellín opaca la idea fundamental de Sociedad Industrial, la ronda sin cesar pero no la agarra. Es vano buscar en el Documento Final ningún abordaje directo de los problemas de la industrialización en América Latina. Son siempre sus efectos, algunos, sus repercusiones, algunas. Pero nunca se planta explícitamente allí. Y esto tiene graves consecuencias.

En efecto, América Latina está en pasaje hacia la sociedad urbano-industrial. Este pasaje tiene varias posibilidades, puede adoptar diversas y hasta inéditas formas. Puede generar una sociedad industrial dependiente de otras o con diversos grados de independencia, puede tomar muchos rostros sociales, políticos, culturales, religiosos. Pero es asunto totalmente vital saber bien que ello está ligado a un gran despliegue “científico” y tecnológico, necesariamente y en todo caso, forzosamente, si no se quiere saltar fuera de la historia. Nos referimos especialmente a las ciencias físico-matemáticas, cibernética, etc. A la gigantesca problemática de la *acumulación del capital* y a la “*revolución cultural*” que significa incorporar a grandes masas rurales en ese nuevo mundo de problemas y exigencias y la generación creciente de un mundo obrero industrial que será casi mayoritario para fines de siglo. Sociedad Industrial también quiere decir que estamos en el tiempo de los grandes “espacios”, de los Estados “continentales”, y que por ello Rusia, Estados Unidos y China juegan un gran papel, que por eso la dividida Europa Occidental busca su unificación, etc. O sea, que los pequeños países, en cuanto tales, están condenados a la cola del hilo de la historia. Casi toda América Latina está en esas condiciones, y la permanencia de esas condiciones vuelven retórica múltiples formas de “participación” o de “liberación”. Si esto no se ve, quedan sólo deseos, ilusiones consoladoras, nada más. Por eso es justa la vocación de Medellín por la “integración” de esta comunidad de pueblos. Pero tampoco la conecta explícitamente con la necesidad de levantar la Sociedad Industrial en América Latina. Por otra parte, toda la experiencia contemporánea lo muestra, las grandes industrializaciones de nuestro tiempo se han realizado bajo Estados fuertes, ya sea en dinámicas neocapitalistas o socialistas. Estados que para hacerlo han sacrificado una u otra forma de “participación”. Hay conflicto entre distintas formas de participación. ¿Es una fatalidad? ¿No lo es? Por lo menos es un tremendo problema. Medellín, siempre por la misma ausencia, por la misma difusividad de su tercera idea rectora, ni lo plantea. Medellín no evalúa, como todo el posconcilio de los años 60, la relación Iglesia-Estados, no se previene de las inmensas tensiones en que se interna. No es que la Iglesia deba eludir tensiones, en absoluto, pero debe saber cómo camina hacia ellas, que probabilidades reales tiene, pues de lo contrario vienen las decepciones de todos los que dejan correr la imaginación, sin la educación de la dureza de la historia. Se decepcionan los ilusos, no los que buscan dejarse implantar en las virtudes cardinales y teologales.

Esta crítica a las insuficiencias de la tercera idea rectora de Medellín, en el ánimo de prolongar a Medellín, de proseguir con su vocación, de avanzar más allá de él, reiteramos, se basa en que *no considera exigencias básicas para la formación de la sociedad industrial*, sin la cual no habrá —a la altura de nuestro tiempo— ni participación, ni liberación, ni quizá integración de nuestros pueblos. Estas observaciones que

formulo no son de hoy. Tiene larga data. Son anteriores incluso a mis vínculos directos con el CELAM, desde hace casi cinco años, siempre a través del Departamento de Laicos. En un análisis del Documento Preliminar de Medellín, escribía entonces: *“Llegamos al nudo gordiano. Todo el problema del sentido de la “modernización”, de sus condiciones y metas latinoamericanas, es de la más extrema importancia para la Iglesia. Casi diríamos, exagerando, la tercera es la vencida. Pues ya hemos visto cómo la Iglesia fue sorprendida en el siglo XIX, por la primera onda de industrialización, bajo formas de aceleración capitalista. Luego, en el siglo XX, una segunda ola de industrialización, bajo forma de aceleración socialista, se desencadenó en Europa Oriental y corrió hasta China, tomando una vez más a la Iglesia poco preparada. Actualmente, la Iglesia parece haber reajustado su ritmo con la revolución Científica, Industrial y Social. Recién ahora parece en condiciones de asumir una nueva chance. Esta tercera chance se llama Tercer Mundo, y en él, América Latina. ¿Podrá la Iglesia, ante la tercera onda -necesaria de aceleración evolutiva hacia la Sociedad Industrial, estar en forma, a la -cabeza de la tarea? Es la pregunta que debemos responder todos los cristianos: ¿Seremos capaces de no dejar pasar el tercer reto para la construcción de la Sociedad -Industrial?”* En este aspecto, el Documento Final repitió la ausencia del Documento Preliminar. Resultante de la indecisión de la tercera idea rectora.

Puede comprenderse así nuestro énfasis en la fluctuación de la tercera constelación rectora. Por nuestra responsabilidad como Secretario del Departamento de Laicos, juzgamos necesario exponer con la máxima lealtad nuestro pensamiento, en ánimo de servicio y dispuestos a recibir las rectificaciones verdaderas. La marginalización de lo Industrial en Medellín no es atribuible sólo a Medellín. Es todavía una dificultad de la Iglesia latinoamericana entera, y por ello lo ponemos sobre el tapete. *Sobre el fracaso de la Iglesia en asumir las dos primeras ondas industrializadoras, se levantó la filosofía de la historia multicápite que supone a la Iglesia como pre-industrial, como rezago de las sociedades agrario-urbanas.* La Iglesia no hizo mucho para que se creyera eso “coyuntural”, sino más para que se le supusiera “estructural”. Sabemos que no es así. Pero sigue vacilante en América Latina. *Si las dos ondas de industrialización anteriores generaron sociedades industriales con vigencias “unidimensionales” ¿no podremos contribuir a crear una sociedad urbano-industrial “bidimensional”? ¿No es lo que sordamente clama nuestro tiempo?* Pero para hacerlo el cristiano debe asumir, filosófica y teológicamente, a fondo, toda la Revolución Científica, integrarla en su misma sustancia cristiana, potenciarla. De lo contrario, queda en un puro “humanismo” idealista, tan fácil para una pseudo-crítica como impotente de toda realización. Puros hombres de “letras”. Es sospechosa por ejemplo, la actitud de los cristianos respecto a los “tecnócratas”. Cierto, el justo repudio a las utopías tecnocráticas, pero ¿no esconderá eso también una cierta inercia pre-industrial de minusvalía a lo técnico-científico? ¿No es esto demasiado representativo de clases medias tradicionales? ¿No hay tentaciones de espiritualidad desencarnada? Lo definitivo es que si los cristianos no tomamos extremadamente en serio los retos de la sociedad industrial, nos marginalizaremos víctimas de un “moralismo” estéril, sin arraigo en la historia, sin encarnación. Perderemos la “tercera chance”.

“Desarrollo”, “subdesarrollo”, “dependencia de centros de poder económico”, “imperialismo del dinero”, “civilización urbana”, etc, aluden todos a distintas formas de Sociedad Industrial y sus relaciones con sociedades aún agrario-urbanas, pero también son elusivas respecto al meollo de “Industrial”. Una sola vez en todos los textos de Medellín, en el Documento relativo a Movimientos Seglares se menciona explícitamente “estructuras de dependencia económica, política, y cultural con respecto a las *metrópolis industrializadas que detentan el monopolio de la tecnología y de la ciencia*. (Neocolonialismo; (cf. PP.3)”, pero es sólo descriptivo y no impone ninguna meditación específica, *ni vertebrata ni tiene consecuencias en ninguna de las pautas o recomendaciones pastorales de Medellín. Paradójicamente diríamos que es centro - - “descentrado” de Medellín.* La tercera idea rectora está, pero en constelación que no termina nunca de articularse, desflecada. ¿Por qué esa paradoja? ¿Será porque no terminamos todavía de desprendernos de tantos siglos de vida en sociedades agrario-urbanas? Sin duda, nosotros estamos también viviendo, bajo las formas propias de la Iglesia, esa transición. En uno de sus aspectos fundamentales, creemos que el Concilio Vaticano II fue el primer Concilio eclesial correspondiente a la era industrial. Pero falta mucho aún para recorrer, en este sentido. Medellín refleja también esa transición - en la Iglesia, en las condiciones específicas de América Latina. Y su no “centrar” el gran problema de la industrialización, explícitamente, resiente todo el Documento Final: desde menos en los capítulos de Justicia y Paz hasta más en el capítulo Educación. Nada más lógico que se objetivara en Educación la máxima ausencia de la problemática “industrial” y que resultara el capítulo más “idealista” de Medellín.

Podemos ya finalizar este examen preliminar, tan necesario para la claridad de la recapitulación. Hemos fijado cuáles son, a nuestro criterio, las tres ideas regulativas de todo Medellín, con sus virtudes y sus incertidumbres, y nos parece indispensable - para la Iglesia esa reconsideración global, justamente para ser fieles al propio Medellín. Insensato sería recaer en monsergas repetitivas. Nuestra perspectiva es sólo una propuesta para una discusión más profunda.

Estamos ya en condiciones de pasar a nuestra temática específica. Sus marcos generales están ya asegurados.

II - (3) FAMILIA Y DEMOGRAFIA

Es uno de los documentos más importantes de Medellín, “esta toma de conciencia de la Iglesia sobre sí misma en cuanto insertada en la realidad latinoamericana”, como certeramente se autodefine. La familia es la primera población. Incluso, históricamente, el primer pueblo. Nada más lógico entonces que tomar en la unidad de un documento, los problemas familiares y demográficos conjuntamente, pues son inseparables. No puede tocarse el uno, sin el otro. Descoyuntar su unidad, como es habitual en muchos, lleva a una gravísima tergiversación de los problemas y por ende de las respuestas.

Es necesario siempre comenzar por el principio. Aquí el principio es la familia. Es el “nosotros” original de la humanidad, el hombre como unión de varón-mujer, en ese círculo fecundo, desbordante, de esposos, padre-madre-hijos-hermanos.

Lo que constituye la dialéctica primordial de la historia, siempre repitiendo su ciclo, para generar el movimiento novedoso de la historia. Es el ciclo de la vida primordial, que sustenta la historia de la libertad humana. Toda novedad, se asienta en esa repetición arquetípica. Por eso para la Iglesia la familia ha sido y es “célula primera y vital de la sociedad”, y le ha dedicado siempre máxima atención. Se trata de las fuentes de la vida, ligada directamente a la maravilla de la creación de Dios. Medellín reafirma esa perspectiva, hoy amanzada desde tantos ángulos.

Más aún, Para la Iglesia hay *dos* “sociedades naturales”, es decir, constitutivas al ser social del hombre, que no dependen de la voluntad del hombre en el sentido de elegir las o desecharlas sin vulnerar su propio ser social, que no son contingencia, sino intrínsecamente necesarias. Estas dos sociedades son familia y Estado. No hay hombre sin familia, no hay hombre sin Estado. Decimos Estado en el sentido de “sociedad global máxima” El “domus” es lo perpetuo en la historia, y la perpetuidad de la historia. Incluso en los comienzos de la historia es posible que familia y Estado hayan coincidido de hecho, diferenciándose con el crecimiento y multiplicación de familias. Todo otro tipo de “sociedad” en la historia no es “natural”, es decir no es intrínsecamente necesario al ser social del hombre. Son creaciones humanas en la historia (o “institución” de Dios, como la Iglesia por Cristo: pero no es “natural”). Por supuesto, familia y Estado, en su necesidad, no significan una pura “identidad” histórica, pues asumen diferentes “tipos” históricos, en su relación recíproca con todo el conjunto de “sociedades” que van apareciendo históricamente. Toman rasgos distintos, en formaciones sociales distintas. Pero la Iglesia ha hecho un discernimiento capital entre estas dos sociedades necesarias. En efecto, el centro originante de la familia es la “pareja”, y la Iglesia ha “sacralizado” esa unión. El matrimonio es sacramento. Es la única “forma social” sacralizada por la Iglesia. Lo que significa que ninguna otra forma social secular, es sacralizable”. Que el Estado y sus formas, no son jamás sagradas. La Iglesia ha “secularizado” el Estado de raíz, a pesar de que el Estado, por ser la “sociedad máxima”, busca siempre, por los más diversos modos, constituirse en la sociedad sacra por antonomasia. Sacramentos son la Iglesia (concretamente a través del bautismo y el Orden) y el matrimonio. El Estado, aunque necesario, nunca es sacro. Singular paradoja, que anuda el drama permanente de la historia. Iglesia y matrimonio, sociedades siempre internas a la globalidad del Estado, sometidas a su ley y potestad, sin embargo lo trascienden radicalmente.

Todo esto es pensamiento permanente de la Iglesia, y todo el documento de Medellín así lo supone, es su punto de partida. Pasemos al documento mismo y a su lógica.

Primero: Familia en situación de cambio.

En el pasaje de lo rural a lo urbano, en el proceso de desarrollo, se producen grandes cambios: termina un tipo de familia patriarcal y se pasa a otro tipo de familia más participativa, a la vez que esto acaece dentro de un movimiento social que lleva riqueza a unos y marginación a otros. Se suscitan nuevas oposiciones. A la vez, los cambios de la relación de la familia en su inserción con la sociedad en su conjunto, -

hace que la familia pierde muchas funciones que aumentaban su importancia en el antiguo tipo, para restringir su zona de influencia en el nuevo tipo. Puede haber muchas variantes históricas en las funciones sociales de la familia, pero esas variaciones o cambios hacen incluso ver mejor su valor y condición de institución básica de la sociedad, ponen al desnudo la verdadera naturaleza de la institución, su núcleo esencial. También en gran crecimiento poblacional afecta a la familia, pero ésta no es variable única de los grandes problemas de la familia.

Las transformaciones acaecen agudizando incluso la mala distribución de bienes, afectando las necesidades básicas del ser humano, alimentación, vivienda, vestido, trabajo, comunicaciones, descanso, diversión. Hay desproporción en las grandes masas del salario con sus necesidades. Y todo esto contribuye, en el "círculo vicioso del subdesarrollo" que tanto corroe a la familia, a los bajos índices de nupcialidad, al alto porcentaje de nacimientos ilegítimos, al abandono de los hijos, a la imposibilidad material de los jóvenes de crear familia. Por otra parte, principalmente en las clases altas, está el impacto de la "civilización del consumo" metropolitana, su cultivo del hedonismo y el erotismo, la multiplicación del divorcio, abandono de los hijos, etc.

Tal, sintéticamente, la visión de Medellín de la estructura de los cambios que hoy afectan a la familia, ya sea por su transición a nuevas formas, ya sea por las condiciones sociales y culturales actuales que la vulneran esencialmente, desde dos extremos.

Segundo: Papel de la Familia

Los cambios de la sociedad rural a la urbana, reafirman las funciones primordiales de la familia, aunque cambien su forma, e incluso le abren a nuevas funciones y perspectivas positivas. Medellín enfatiza los valores de la familia como *formadora de personas, educadora de la fe y promotora del desarrollo*.

Familia formadora de personas: acentúa la participación y co-responsabilidad, la intimidad de padres e hijos, la importancia de los valores de inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad. Es la primera comunidad ética, "madre y nodriza de la educación". Educadora de la fe: los esposos cristianos son cooperadores de la gracia y testigos de la fe; son los primeros predicadores: es indispensable atender a su buena preparación. Promotora del desarrollo: es la primera educadora de las virtudes sociales que necesitan las demás sociedades, la primera experiencia de sociedad humana, y desde ella los hombres se introducen en la sociedad política y en la Iglesia. Es un centro original de historia viviente, pues en ella conviven varias generaciones, lo que contribuye a la sabiduría de la vida, uniendo la corriente de las generaciones. Por todo esto, el bienestar de la persona y de la sociedad está ligado estrechamente a una favorable situación de la comunidad conyugal y familiar. La familia no es un mundo cerrado, sino fundamental introductora a todos los mundos. De ahí su función insustituible de recogimiento y apertura. Familia destruída es hombre destruído.

Tercero: Problemas Demográficos

— 1 —

Una breve introducción como marco general, con las estimaciones de la evolución de la población mundial:

a) actualidad y prospectiva

AÑO	1960	1980	2000
Mundo	2998	4330	6130
América Latina	212	378	628
Norteamérica	199	262	354
Europa	425	479	527
Urss	214	278	353
Africa	273	449	768
Asia	1.659	2.461	3.458
Oceanía	16	23	32

b) retrospectiva

	0	1650	1750	1850	1900	1920	1940	1950
Mundo	300	545	728	1.171	1.608	1.860	2.294	2.515
América Latina		12	11	33	63	89	130	162
Norteamérica		1	1	26	81	116	144	166
Europa (con Urss)		103	144	274	423	480	574	572
Africa		100	95	95	120	143	191	221
Oceanía		2	2	2	6	9	11	13
Asia		327	475	741	915	1.023	1.244	1.381

* * * * *

La población no son números abstractos, y sería necesario diferenciarla geográficamente entre zonas de Sociedad urbano-industrial, Sociedades en transición dependientes, con diversas gradaciones, De sus gigantescas distancias, siempre crecientes. - - También sería útil complementar con mapas políticos y sociales. También con mapas religiosos, de religiones y secularismos, etc. Un repertorio bien hecho de Atlas de poblaciones con diversas cualificaciones, nos daría una perspectiva mundial de extremo - interés, permitiría ver mejor el complejo de fuerzas actuantes en el mundo, de un - solo vistazo.

* * * * *

Medellín asumió el problema en medio del gigantesco impacto de la "Humanae

Vitae". Desde principios de la década del 50 había ido creciendo en los grandes centros industriales metropolitanos la preocupación por la "explosión demográfica" del Tercer Mundo, gran parte en tren de "descolonización", pero en pasaje a formas de "neocolonialismo". Desde entonces se ha desencadenado la polémica que todavía no está cancelada, como se constató en el fracaso de Bucarest en el Año de la Población Mundial de 1974. La Iglesia fue tomando posiciones en perfecta continuidad de Juan XXIII a Pablo VI. Medellín se inscribe y reafirma esa línea básica.

Medellín es consciente de la complejidad y delicadeza particulares del problema, que toca tan directamente las fuentes más sagradas de la vida, así como de la necesidad mundial de regular el ritmo de crecimiento poblacional de la Tierra. Pero no desconoce la conexión de este problema con la desproporción existente en el reparto de la riqueza mundial, en el drenaje de riquezas del Tercer Mundo a los grandes centros industriales, etc., etc. Por otra parte, la mayoría de América Latina está subpoblada —aunque hay puntos de grave "saturación"— y para el desarrollo industrial, el aumento de población en sus etapas de despegue es muy conveniente. El despegue industrial de Europa y Estados Unidos así lo muestra. El problema del crecimiento demográfico en América Latina puede centrarse en la fácil asimilación de técnicas médicas que abaten la mortalidad infantil y aumentan la longenidad pero, a la vez, en la dificultad de pasar realmente a la sociedad industrial, trabada por los mismos países que le han provisto de esas técnicas médicas. Esa contradicción, se vuelve como castigo amenazante hacia las "sociedades del consumo". Se produce aquí una urbanización gigantesca, no acompañada por la industrialización. Se generan las más violentas tensiones y oposiciones, de las que dan cuenta los documentos Justicia y Paz. Crecen las expectativas por encima de las condiciones actuales. Subdesarrollo latinoamericano y dependencia están ligados, aunque el subdesarrollo no sea atribuible exclusivamente a la dependencia, dada la disparidad de niveles que ya existía hace cinco siglos entre las culturas indígenas y los conquistadores y colonizadores ibéricos. Dialécticamente, la dependencia también generó grandes progresos. Ha ido tomando distintas formas y generando diferentes consecuencias en el curso de la formación de América Latina. En este orden, tales conceptos genéricos deben ser especificados en muy diversas etapas históricas.

En su esencia, es sencillo resumir aquí el enfoque de Medellín. Alerta contra el peligro de enfoques unilaterales de la cuestión poblacional, "particularmente dañosa la adopción de una política demográfica antinatalista que tiende a suplantarse, sustituir o relegar al olvido una política de desarrollo, más exigente, pero la única aceptable —"Trátase en efecto, no de suprimir comensales, sino de multiplicar el pan" (Pablo VI) Apoya a la *Humanae Vitae* por su contenido social, que acentúa la necesidad imperiosa de salir al encuentro de los problemas demográficos con una respuesta integral, enfocada hacia el desarrollo. "Denuncia toda política fundada en un control indiscriminado de nacimientos, es decir a cualquier precio y de cualquier manera, sobre todo cuando aparece como condición para prestar ayudas económicas".

De tal modo, Medellín liga directamente la cuestión poblacional al valor del

hombre, de la vida de los pobres y marginados, de la familia, en tanto se exponen a la manipulación de las dominaciones, a la incidencias de instrumentos mecánicos donde - más vital es la vida humana, que exige educación, delicadeza, autodominio, señorío de sí. Donde más vital es la participación responsable, la progresiva maduración. La cuestión demográfica toma a la familia en su corazón, toca lo más íntimo de la pareja, a la base misma de la creatura humana y de la sociedad. Por eso la Iglesia siente que - se ronda la zona más sagrada de la existencia. Donde el rico puede llevar al pobre al colmo de su indefensión. Donde las dominaciones se hacen más dueñas de la vida y - la muerte. ¡Si será grave el problema para la humanidad, América Latina y la Iglesia!

Cuarto: Recomendaciones para una Pastoral Familiar

Toda esta reflexión lleva a Medellín a señalar como “*necesario dar a la pastoral familiar una prioridad en la planificación de la pastoral de conjunto*”.

Las metas son una educación en el amor, que incluye y trasciende la educación sexual, poniendo todos los recursos disponibles por la Iglesia también en una preparación del matrimonio accesible a todos, tan integral como sea posible, física, psicológica, jurídica, moral y espiritual. Con acento en la espiritualidad del matrimonio y - la misión del laico en el mundo y la Iglesia. Inculcar, particularmente a los jóvenes, el sentido de la partenidad responsable. En suma, una pastoral tendiente a afirmar la familia cristiana como auténtica “Iglesia doméstica”, comunidad de fe, oración, catequesis y apostolado. De tal modo que, en las nuevas circunstancias históricas, las familias sean fuerza eficaz de la Iglesia. Así, a la vez que la Iglesia propicia y urge y alienta todos los esfuerzos orientados al desarrollo y la justicia colectivas, moviliza a la familia en el sentido más profundamente participativo, apuntando simultáneamente hacia - la persona y hacia los problemas de la población, auspiciando una exigente dinámica de desarrollo, por caminos verdaderamente acordes a la dignidad de los hombres, hijos de Dios.

Anotaciones finales

No han variado en estos años los datos fundamentales de los problemas de - pareja, familia y población que enfrentó Medellín. En la reciente conferencia de Manila, de 107 naciones en vías de desarrollo, se señalaba que para el año 2000 las - grandes zonas industriales (norteamericanos, rusos, europeos y japoneses) serán el - 25^o/o de la población mundial controlando el 90^o/o de la producción mundial. “Se espera que ellos usen las tres cuartas partes de las materias primas e ingresos del - mundo” indica el Presidente de Filipinas en el discurso de apertura. Y agregaba que a menos que los recursos globales sean compartidos equitativamente, será solo cuestión de tiempo que “el número siempre creciente de los países pobres desafíe al reducido número de naciones ricas para obtener una participación justa en esos beneficios”. De tal modo, es evidente que, apoyados en el problema real de la amenaza de la superpoblación mundial, las grandes potencias metropolitanas propician un imperialismo mal- - thusiano para conservar intactas sus posiciones de privilegio en el mundo. Lo que - complica esencialmente toda la problemática poblacional. De ahí también el origen del

escándalo contra Pablo VI, sistemático, de todo el mundo metropolitano a raíz de la *Humanae Vitae*, que impide toda mixturación de la Iglesia con tales intereses.

La *Humanae Vitae* ha sido el gran acto profético de la Iglesia en el siglo XX, y eso cuesta siempre altos precios. Nunca un Papa conjugó tanta hostilidad en este siglo como Pablo VI, incluso dentro de la Iglesia, incluso dentro de sedicentes "progresistas" cristianos. La *Humanae Vitae* es candente para la Iglesia, tanto en relación con los Poderes del mundo, como en relación con sus propios miembros. En momentos tan difíciles, cuando parte de las Iglesias del mundo nordatlántico vacilaban el Episcopado de América Latina en Medellín cerró filas junto al Papado. Pocas veces en su historia, la Iglesia ha sufrido tantas presiones como en esta oportunidad actual.

En 1964, Pablo VI fijó con claridad los términos del problema, al dirigirse a la Comisión instituída para su estudio: *"El problema sobre el cual todos hablan es el del control de los nacimientos, esto es, el del aumento de la población, de un lado, y de la moralidad familiar, del otro. Problema extremadamente grave: se relaciona a las fuentes de la vida, atañe a los más íntimos intereses y sentimientos de la experiencia del hombre y de la mujer"*. Es decir, un solo problema en singular con dos aspectos inseparables: el doméstico y el público. La Comisión instituída actuó con grave irresponsabilidad pues no sólo los separó, sino que estudió a solas, de hecho únicamente el doméstico. Tergiversó así los términos mismos de la cuestión. Obligó a Pablo VI a tomar sobre sí toda la responsabilidad, a desechar su inocuo y desenfocado pronunciamiento. Pero esto facilitó la paradoja que, mientras en las zonas metropolitanas los cristianos tendieran a encerrarse en una visión puramente "doméstica", en América Latina se percibió, por el contrario, la unidad del problema en sus dos fases, pública y privada, dialécticamente ligadas. Todo esto es digno de señalarse, pues la *Humanae Vitae* y Medellín contribuyeron así a la ruptura de la aparente división eclesial de entonces entre "pre-conciliares" y "posconciliares". Ahora todo el "progresismo cristiano" del Atlántico Norte quedaba cuestionado, y esto fue una condición principal del surgimiento de una teología latinoamericana, desde el Tercer Mundo. Las luces de Europa ya no eran tan inmaculadas. Los "domésticos" eran también políticos de la dominación, ocultaban y mistificaban los verdaderos datos de la única cuestión.

Las exigencias auténticas, obligan a "levantar" lo real, que de suyo tiende siempre a "bajarlas" por lo menos un escalón más. Admitir los medios artificiales de control de la fecundidad, es dejar abierta la puerta a la manipulación de la pareja y la familia desde "afuera". Admitir los medios artificiales, es admitir la "esterilidad temporaria", que conduce naturalmente a la admisión de la "esterilización definitiva". Y así, de paso en paso, desembocamos en el aborto y la eugenesia. Esos pasos ya han sido lógicamente recorridos por muchos. La Iglesia ha evitado entrar, resbalar, en esa pendiente siniestra desde el principio, por su sentido profundo de la bondad del ser, del hombre como imagen de Dios, y del pecado siempre operante. Por eso reserva ese recinto matriz de la humanidad a la libre responsabilidad de la pareja, a la

intimidad del espíritu y la carne, a su señorío, a su tacto, a su delicadeza, a su educación. Por ello la Iglesia invita también a los pastores a la mayor atención y comprensión de los problemas de esa intimidad, de esa pareja en maduración, tanto por el bien de sí misma como de la sociedad entera. Prefiere actuar en la biología desde la conciencia, y no desde la materia eximir toda conciencia.

No nos extenderemos más, aunque la cuestión es extremadamente vasta y compleja, y debe proseguirse en el ahondamiento de estas cuestiones básicas y urgentes para la humanidad. La cuestión encierra innumerables facetas, llenas de interés apasionante. Pero ya basta. En los años siguientes a Medellín, la casi totalidad de las Iglesias locales de América Latina acentuaron su pastoral familiar, con lucidez en relación a todos los valores y condiciones reales en juego. Es una pastoral muy difícil, tanto como siempre urgente y necesaria, pues ya Medellín señalaba, la familia se encarna en realidades sociales sumamente diversas, lo que requiere una pastoral a la vez unificada y muy diversificada. Una última observación curiosa aquí: en el momento en que la familia toma una importancia política de primer orden, son numerosos los cristianos, los sacerdotes, que en una simplista inflación, de "lo político", menosprecian esa permanente atención a lo "doméstico" que siempre tuvo y deberá tener la Iglesia. ¡Cuánta adolescencia política, en esos nuevos políticos! La Iglesia, de suyo, no opera directamente en lo político, pues entonces le correspondería ser Estado. Hay muchos modos de incidir en lo político, que no son específicamente políticos. ¿Cómo no hacerlo a través de la única forma de sociedad secular "sacramental"? ¿Cómo no medir su importancia? Aunque es verdad que todo en la sociedad está envuelto en el círculo de lo político, directa o indirectamente, ¿Cómo ignorar que la mayor parte de la vida de los hombres es de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, con fugaces irrupciones directas en lo político? ¿Cómo renunciar a la encarnación permanente, suave, en lo cotidiano, donde se gestan y crecen las grandes exigencias de la política? Ignorarlo es propio de fervores adolescentes pasajeros, y por eso apenas la persistencia de ciertas estudiantinas clericales, tan desenfocadas como retóricas, en estos últimos años.

Dada la experiencia que las Iglesias locales han ido realizando en estos años en lo relativo a la pastoral familiar, para recoger todas esas tentativas, para recapitularlas unitariamente e intentar nuevas evaluaciones y perspectivas, es que el Departamento de Laicos, con la Secretaría General del CELAM, tiene previsto un Encuentro sobre Familia para fines del año 1976. Allí se intentará, en reunión convergente desde toda América Latina, apreciar la cosecha de estos últimos años, para impulsar nuevas siembras en este camino tan vital de la Iglesia y América Latina. Antes de este evento, no nos es posible formular con los debidos elementos de juicio, una reflexión crítica de lo realizado, de sus errores y aciertos, y de los posibles nuevos caminos.

Iglesia y la Mujer

Ningún documento de Medellín aborda los problemas actuales de la Mujer. Sólo alguna referencia genérica. Por eso, aunque es una problemática específica, diferenciada del capítulo Familia y Demografía, necesitamos incluirla en algún lugar, ya que no lo tiene. Coincide sólo en aspectos con Familia y Demografía, pero no se recubren

perfectamente. La temática de la Mujer tiene contenidos propios, que exigen abordaje propio.

El Sínodo de 1971 señaló la importancia vital para la Iglesia de esta cuestión. Como consecuencia de esta preocupación, Pablo VI creó una Comisión para el estudio de la situación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. En ocasión al Año Internacional de la Mujer de 1975, el Vaticano cursó a todas las Iglesias locales elementos para impulsarlas a abordar la temática de la Mujer. Acorde con esta dinamización, el CELAM, a través del Departamento de Laicos, organizó para diciembre de 1975 el Encuentro "Iglesia y Mujer en América Latina". La organización misma del Encuentro, solicitando a todas las Conferencias Episcopales el envío de dos personas, etc., muestra el espíritu de máxima participación con que se realizó. Se trataba sólo de un comienzo, de un punto de partida, que debía hacerse lo más amplio posible. Era también una forma de estimular a muchas Iglesias locales, que todavía no habían asumido directamente estas cuestiones. A nuestro criterio, el Encuentro cumplió con los objetivos propuestos, y todo hace esperar una progresiva movilización eclesial respecto de la Mujer y con la Mujer. Está todavía en preparación todo el material del Encuentro y sus pautas, que serán distribuidas oportunamente. El Espíritu del Encuentro está cabalmente expresado en su Manifiesto a la Mujer Latinoamericana. Ahorramos consideraciones, remitiéndonos al mismo.

Iglesia y Mujer, un camino de la máxima importancia se ha abierto, más allá de Medellín, pero en el espíritu de Medellín, es decir, "participación". La Iglesia no podrá propiciar "fuera" la participación de la Mujer, si no la impulsa al máximo posible "dentro" de sí misma.

III — (7) PASTORAL DE ELITES

De suyo, es uno de los problemas más importantes abordados por Medellín. También uno de los más difíciles de elaborar sistemáticamente, con clasificaciones que susciten un asentimiento general. Es un ámbito tan cardinal como problemático, donde pueden entrecruzarse las más diversas opiniones y puntos de vista, en la formulación misma de sus problemas, ¡qué no decir entonces de los caminos a seguir! Pero debemos intentar una breve reflexión ordenadora, aunque esto pueda suscitar nuevos problemas...

Una observación preliminar. El Documento previene: "*No se separe esta Pastoral propia de las élites de la Pastoral total de la Iglesia*". Evidente. Primero está la pastoral global, es decir, al pueblo entero, popular. Luego, como aspectos internos de esa pastoral popular vendrá la pastoral de élites, diversificación interior de la primera, rectora. Sin embargo, Medellín es víctima de una dicotomía categorial entonces muy común, y que nos parece no sólo equivocada sino de muy peligrosas consecuencias pastorales. *Medellín parte de la dualidad "élite-masa", dualidad que nos parece destructura de la idea misma de pueblo, que es, como vimos, parte de la segunda idea rectora de Medellín. Esta es una de las más serias incosencuencias de Medellín. Este*

descoyuntamiento de la idea de pueblo, se objetiva en la separación en dos Documentos: - - Pastoral de Masas y Pastoral de Elites. Y en el hecho de que los documentos corran por compartimentos estancos, perdiendo ambos sustancia, debilitándose mutuamente. - - El Documento de Pastoral de Masas, de hecho es limitadísimo, pues virtualmente se concentra en una interpretación genérica y algo exterior de la “religiosidad popular”, aunque es consciente de las insuficiencias y falta de estudios al respecto. Afortunadamente, luego de Medellín, mucho se está caminando en este aspecto, y con nuevas perspectivas. Y, por otro lado, Pastoral de Masas señala con acierto que “Por ser - Iglesia y no secta deberá ofrecer su mensaje de salvación a todos los hombres y corriendo quizá el riesgo de que no todos lo aceptarán del mismo modo y en la misma intensidad. Porque en toda sociedad los distintos grupos de personas captan de - modo diverso los objetivos de la organización, responden de distintas maneras a los valores y normas que el grupo profesa; los grados de pertenencia son diversos; las - lealtades, el sentido de solidaridad no siempre se expresan de un mismo modo”. Muy cierto, más cuando podría suponerse que el documento daría algunas indicaciones sobre esa realidad en América Latina, de sus grupos sociales y profesiones, allí se termina la cosa. Pero lo que nos importa aquí, es el divorcio de los dos documentos, - que no es accidental, sino que reside en la dicotomía que los rige. No comunican - entre sí, les falta un “tercer término” que sea mediador, que los unifique. No ahondan en la idea de “pueblo”. Podríamos extendernos sobre este punto, pero alcanza - con anotarlo. A pesar de su intención, a la pastoral de elites le es “exterior” su inserción en la pastoral total de la Iglesia. Si no es su punto de partida, tampoco podrá llegar nunca. El todo está en todas las partes, o estas quedan partidas.

Conviene recordar, el Documento Pastoral de Masas es mucho más comprensivo con respecto a la “religiosidad popular” que lo que era vigente en aquellos años, una devastadora moda de “secularización” —de la que en Medellín hay pocos rastros— que tenía el más grande menosprecio, tanto como su ignorancia, de la historia cristiana de los pueblos latinoamericanos. Y fue justamente desde esas dimensiones tan positivas, que impulsó todo un renacer y toda una revaloración de la “religiosidad popular” y del “pueblo” mismo, contribuyendo a derogar la idea que lo asfixió: “masa”. Entremos ya en las “élites”.

Seguiremos la lógica del documento, en cada una de sus etapas, para exhibir - su configuración con la mayor claridad. No nos detendremos en menudencias.

Primero. Situación

A) Hechos

Toma a “élite” con un significado puramente descriptivo, sin ningún juicio de valor. Son los grupos dirigentes, conductores, de diversos sectores de la sociedad global. Para el Documento, la sociedad global puede descomponerse en varios sectores - básicos, que son “cultura” profesión-política-economía social-. Cada sector, en sus - asociaciones características, más individualizadas o más difusas, en sus “ámbitos”, ge-

neran guías, grupos más influyentes. Es un hecho. Son las élites. Así, las *élites culturales*, la forman artistas, hombres de letras, universitarios; *la élite profesional*, abogados, médicos, ingenieros, economistas, expertos sociales, técnicos de la comunicación social, etc; *la económico-social*, industriales, banqueros, líderes sindicales obreros y campesinos, etc; *la política*, dirigentes de partidos, militares, jueces, etc.

Es obvio, no puede considerarse que Medellín escribiera una concepción completa de la sociedad global y su dinámica. No es un tratado sociológico. Debe tomarse esto como esencialmente indicativo, sin pretensión de rigor como una teoría. Son hipótesis, ideas a tener en cuenta, para pensar, para ajustarlas, para desecharlas, andando más allá. Sirven de fermento, de aliento, apuntan hacia la realidad, sin aspirar perfecta adecuación. La clasificación hecha es discutible, pero no mal encaminada. Podrían hacerse múltiples observaciones y precisiones, por ejemplo, los universitarios, tanto pueden ser parte de élites culturales como profesionales, pueden desembocar en cualquiera de las otras élites. Sin duda, hay una interacción de las élites entre sí, interpretaciones diversas, roles simultáneos. Los sectores o ámbitos básicos discernidos, por ejemplo, corresponden aproximadamente con el enfoque de uno de los mejores filósofos de la historia católicos contemporáneos, Aloys Dempf, que los llama “potencias vitales”, constelación en relación mutua, acuerdo y conflicto, y cuyas variaciones de posición y valores configuran los distintos sistemas predominantes que tipifican distintas sociedades globales. Solo que Dempf unifica en una sola la cultural y profesional, denominándola “formativa”, del “espíritu”, incluyendo ciencias y filosofía, a la vez que pasa a varios “profesionales” a la “económica social”. Y pone otra “potencia vital”, que para él es la primordial: la “religiosa”. Paradójicamente, el Documento no toma a ésta por sí, parece suponerla, o quizá la identifique con la cultural. Claro es que esos ámbitos o potencias no están reclusos, sino que se incluyen recíprocamente, de diversos modos. Cada ámbito, sector o potencia, tiene sus “élites” (una o varias).

Desde este presupuesto de “hecho”, el Documento pasa a tipificar el *conjunto* de las élites en *función del cambio social*.

B Tipos

Aquí el Documento es consciente del carácter relativo de toda tipología, que comporta necesariamente matices y simplificaciones. Se dan tipos intermediarios, grados. La tipología en función del cambio social es: conservadores o tradicionalistas, desarrollistas, revolucionarios. Un modo de decir, derecha, centro, izquierda. Las denominaciones mismas ahorran abundar en ellas. Los tipos recorren todas las élites, todos los ámbitos, sectores o potencias, aunque algunos de suyo tienden más a un tipo que a otro.

En esos tipos, ahora dentro de la Iglesia, en sus relaciones con la fe son, en general: conservadores, donde hay más separación entre responsabilidad social y fe; desarrollistas, una gama de actitudes de fe muy amplia, con cierta propensión secularizante en los tecnólogos; revolucionarios, donde hay más responsabilidad social, y ma-

yor frecuencia en la crisis de fe. No puede decirse de esta tipología que sea sustancialmente errónea, pero sí demasiado simplificadora. La tipología es una simplificación, pero ésta lo es tanto que se hace poco manejable. Una tipología con tan pocas variables, se aleja de lo real inevitablemente. No configura un buen instrumento de análisis. No es este lugar para sugerir tipologías sustitutivas, ni viene ahora al caso. Pero proponer instrumentos de análisis tan simples como base de una pastoral es extremadamente peligroso, conduce a callejones sin salida.

Segundo: Principios

Los principios comunes que animan a toda pastoral de élites, del sector que fuere, requieren: buena formación personal en la fe, constantemente confrontada con los desafíos de esta fase de transición; estar en relación con los “signos de los tiempos”, principalmente de orden social, no ser ahistórica; realizarse comunitariamente en el contexto del mismo compromiso temporal; explicitar los valores de justicia y fraternidad contenidos en las aspiraciones de nuestro pueblo, en una perspectiva escatológica; finalmente, toda esta tarea evangelizadora necesita como soporte de una Iglesia-signo.

Tercero: Recomendaciones Pastorales

Las élites de cada ámbito, sector o potencia vital, son la misión, en realidad, de fragmentos de esas élites que sean cristianos. Diríamos, son diálogos internos de las élites (o luchas). Aunque siempre suponen la perspectiva y la inserción en la totalidad, tanto de la Iglesia como de la Sociedad Global (Estado) respectiva.

En este orden general, el Documento recomienda la formación de equipos de base, que hagan uso de la pedagogía de la Revisión de Vida, que procuren una intensa vida comunitaria y sacramental, litúrgica, y llama la atención para que la formación del clero ponga acento en este tipo de “pastoral especializada”, preparándose asesores especialistas para estos grupos.

Finalmente, el Documento vuelve su mirada hacia cada uno de los sectores, ámbitos o potencias básicas antes discernidas. En relación a *cultura*, hace gran énfasis en la importancia de los artistas y hombres de letras, como manifestación de la cultura nacional, y considera capital la presencia animadora de la Iglesia en esos ambientes también muestra gran preocupación por la presencia efectiva de la Iglesia en el gigantesco mundo universitario latinoamericano. En relación al ámbito *económico social*, señala que la Iglesia debe orientar preferentemente a estos grupos hacia un dinamismo transformador de las estructuras actuales, poniendo énfasis en las élites de dirigentes sindicales tanto obreros como campesinos. En relación a la *política* (Estado) procurar el diálogo con las fuerzas actuantes (incluso militares), denunciar los abusos e injusticias del poder, estimular todos los planes constructivos. Y en todo, mantener siempre la independencia ante los poderes constituídos, a la vez que contribuyendo a la formación de las élites políticas a través de sus movimientos e insti-

tuciones educativas. En relación al ámbito *profesional*, no se especifica nada en particular.

* * * * *

Algunas reflexiones

Además de la observación preliminar, conviene ampliar la evaluación de este Documento. A nuestro entender es muy significativo de una situación general de la Iglesia latinoamericana. En efecto, en el proceso de América Latina la Iglesia atravesó por distintas etapas. En la inicial, ella impregnó a todas sus élites. La crisis se hace patente desde las guerras de la independencia, a principios del siglo XIX. Desde entonces, la Iglesia fue desalojada de casi todas las élites, en los diversos ámbitos. O mejor, reducida a minoría en ellas. Los sectores de élite que generaron las vigencias, que tomaron la conducción de los acontecimientos, en su conjunto, no eran católicos, salvo en algún país aislado. Diríamos que la Iglesia ha mantenido, en América Latina, más arraigo en el pueblo que en sus élites. Este hecho se prolonga hasta hoy. La Iglesia fue reducida a la defensiva en todos estos ámbitos. Tuvo que reconstituírse a sí misma, tras graves embates, a partir del Concilio Vaticano I. Desde 1930, con la Acción Católica, con el aporte de numerosos intelectuales laicos, etc. La Iglesia tomó una dinámica más firme y expansiva. Pero en su conjunto, era secundaria en las élites representativas de América Latina, su situación defensiva le había suscitado una cierta marginación histórica, lo que facilitaba su dependencia muy honda, tanto teórica como práctica, del quehacer de las Iglesias europeas, mucho más equipadas y creadoras. En el ciclo que va desde el Vaticano II, pasando por la reunión del CELAM en Mar del Plata (1966) hasta Medellín, se produjo un doble movimiento muy interesante. Por un lado la "europeización" llegó a su clímax, con el posconcilio. Pero todas las remociones que traía, impulsaron hacia una nueva toma de conciencia de la inserción en América Latina. En todo el tiempo anterior transcurrido, la Iglesia había perdido autoconsciencia de su historia latinoamericana, estaba como apartada de sus grandes corrientes. En los años 60, hay una vuelta de la Iglesia hacia el tomar con plena conciencia de la problemática global de América Latina y de su situación particular. Como no sabía mucho su historia, como tenía escasa sensibilidad histórica, tomó de los análisis sociológicos y económicos en boga, que tampoco eran demasiado históricos. Medellín es a la vez el punto culminante de ese proceso, y el comienzo de una nueva era en la Iglesia. Abre las puertas para su "relatinoamericanización" radical. Tiene toda la pujanza del nuevo punto de partida, y a la vez todas las insuficiencias de un punto de partida.

Esta disquisición nos era necesaria para comprender la índole del Documento Pastoral de Elites. Es un documento genérico y hasta formalista. No intenta ninguna caracterización concreta de las "élites" a que su pastoral se refiere. La enuncia, las designa, pero no da elementos comprensivos, limitándose a una tipología de máxima indeterminación y vaguedad. Es que, por las causas antes señaladas, los católicos de América Latina, ni saben historia de América Latina, ni saben historia de la Iglesia de

América Latina. ¿Cómo caracterizar entonces con cierta penetración a las élites que habían hecho esa historia en el último siglo y medio, y de las que la Iglesia había estado al margen? Las élites a que se refiere el Documento pueden ser de cualquier lugar, carecen de individualización latinoamericana mínima, salvo el rasgo de “reflejas” en gran medida, de los centros metropolitanos. Si América Latina está en situación de dependencia, “refleja” en casi todos sus ámbitos y particularmente en las “élites”, es muy difícil de buenas a primeras un auténtico diálogo latinoamericano entre “reflejos”, entre los que estamos incluidos. Pero Medellín ha abierto esa ruta, y no es un azar que, luego de él, hayan ido surgiendo “teologías latinoamericanas”. Más “reflejas” aún de lo que muchos creen, pero es inevitable. No se salta de lo uno a lo otro sin mediaciones. El camino nuevo se está haciendo, es irreversible, gracias ante todo al impulso del propio Medellín. En este sentido, la superación, el ahondamiento de Medellín, está exigido por Medellín.

Por su índole, el Documento Pastoral de Elites remite esencialmente al Documento de Movimientos Seglares. Será en su consideración que completaremos estas reflexiones. Allí también nos referiremos a las experiencias y rumbos del Departamento de Laicos, para evitar repeticiones, en lo relativo a los ámbitos, sectores o potencias aquí determinados, y sus élites.

IV — (10) MOVIMIENTOS SEGLARES

Introducción: La élite clerical

Antes de considerar el Documento, puede ser pertinente una especie de “reflexión mediadora” entre Pastoral de Elites y Movimientos Seglares, dada su íntima conexión. Pues en cierto sentido, se trata de movimientos de élite seculares. Hay élites que lo son en relación al pueblo, que es el englobante. La acción de élites sobre élites, es sólo un tipo de acción de algunas élites, no de todas. Por definición, las élites no son solas, sino que son “de”, de tal o cual sector o ámbito. Pueden serlo de varios sectores a la vez, por ejemplo, un movimiento de apostolado obrero, es a la vez élite del mundo obrero y élite de la Iglesia. Tiene relaciones muy complejas, pues no sólo se vincula al mundo obrero sino también con otras élites obreras, competitivas, ya en acuerdo, ya en conflicto. Y no termina ahí el asunto, pues también se relaciona con otras élites sociales de la Iglesia, principalmente con la élite clerical, tomando a “clero” en sentido amplio, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas. Es sobre este punto que queremos hacer una meditación, intermediaria entre los dos Documentos.

Sin entrar en las razones teológicas y eclesiológicas que los fundamentan y dan sentido, se trata de un breve comentario sobre los dos tipos básicos de élites en la Iglesia: la élite clerical y la élite secolar. Ambos tipos de élites pueden intradividirse en varios subtipos de élites. El uno y el otro, son a la vez uno y múltiples, con muy variadas relaciones entre sí y con los demás. Podría ser muy interesante y esclarecedor un estudio sistemático e histórico de esa diversidad de las élites católicas, en su

dualidad fundamental, sus características y funciones, interacciones, etc. Daría una visión totalizante que evitaría caer en muchos simplismos, cuando se habla del ser real de la Iglesia. Aquí nos limitamos a algunas anotaciones muy generales sobre la élite clerical, en la que incluimos también a religiosos y religiosas, aunque podría discutirse su pertinencia. Sin embargo, nuestra perspectiva será, suponiendo definidos los rasgos comunes y diferentes, desde un ángulo primordial: el del seguimiento de Cristo con dedicación absoluta, objetivado principalmente en el voto de castidad ante todo, de obediencia enseguida.

La élite conductora de la Iglesia es la clerical. Así fue, y así será. Resulta de la propia naturaleza de las "élites". En ningún orden de la vida nadie conduce realmente nada, si no tiene interés y dedicación completa. Sea el ámbito que fuere, las élites se forjan no solo por diversas aptitudes, sino ante todo, por una concentración en que les va la vida. Cuando deja de ser así, esa élite se descompone y cae inexorablemente. Hasta de los genios se ha dicho que son una larga paciencia. Relámpagos fugaces, ocurrencias, acciones intermitentes, serán fermento, pero no conducen. Para conducir algo, hay que vivir totalmente en esa dirección. Y si no, nó. Elites vigorosas, son ascéticas, de entrega total. Si no hay entrega total, no hay élite, cualquiera sea su campo, desde el deporte a los sindicatos. Y bien, la Iglesia tiene en el clero, quizá la élite más admirable que conozca la historia. Con una capacidad de sacrificio que ha atravesado milenios, de modo impar.

La razón de tal energía y reclutamiento es sin duda Cristo, el Espíritu, pero ahora nuestra perspectiva es más limitada, lo supone, y atiende más a su lógica social. Desde ese ángulo, la clave es el celibato, que pone en disponibilidad radical al todo con el mínimo de "sí mismo": el clero es "full time" pasa el conjunto, es decir, a vida completa. Tiempo completo, es entregar la existencia. Por eso, en un análisis comparativo de las élites, es como la élite arquetípica, el "non plus ultra" de las élites. No hay élite en la historia que pueda ir más allá de la élite clerical. Y es el celibato, también, el regulador perpetuo de la "renovación" segura de la élite. Un gran problema de las élites es su capacidad de renovación, el peso del "domus" es siempre tan grande, que tienden a diversos modos de "herencia", tienden a cerrarse. Las castas sacerdotales hindúes son como el colmo de esa cerrazón. Con el celibato, la Iglesia asegura la perpetua renovación de sus cuadros, evita la estabilización de "oligarquías" internas. Por Cristo, se despega del "domus". La élite clerical católica es la más abierta que conoce la historia. El celibato le impide su autoreproducción, su autopropagación. El clero no mana nunca de sí mismo, se alimenta siempre del pueblo. El clero no viene del clero, viene del laicado. Es el laicado el generador incesante del clero. El clero es fruto de vocaciones laicas a la entrega total. Si no, no habría clero. El laicado es el inventor del clero. Y su reclutamiento es radicalmente democrático, su único requisito esencial es el bautismo. El clero es la apoteosis de la capacidad de entrega del laicado cristiano. Esa es la verdad fundamental que ningún cristiano debe olvidar. Contraponer abstractamente clero y laicado es inopia intelectual.

Claro, como toda élite, la clerical tiene sus altibajos históricos, sus desorientaciones, sus fallas. Pero, por su índole, contiene todos los elementos necesarios para hacer inevitable su renovación, para romper con cualquier enquistamiento. Por eso es la élite más antigua, porque ha conservado siempre una potencialidad dinámica que ninguna otra élite ha tenido. Por su dinámica, es antigua. Se trata de una élite que conjuga dos cosas muy difíciles: máxima estabilidad y máxima movilidad. Se nos hacía necesario recordar estas cosas tan elementales, pues de modo absolutamente injusto se ha cultivado entre nosotros en los últimos años un anticlericalismo un tanto irresponsable. Ha existido un masoquismo clerical. Y se ha hecho simultáneamente una idealización angelista del "laicado", así a bulto, no justificado por los hechos. Se ha manipulado una idea genérica e indeterminada de "laicado", que no existe en la realidad. Tanto la depreciación como la idealización, tienen razones históricas, pero no caben en esta reflexión.

Uno de los hechos más importantes y renovadores del siglo XX ha sido la promoción del laicado en la Iglesia. Sobre esto nadie puede tener la más mínima duda, ni dejar de considerarlo de inmenso valor. Pero el laicado activo será siempre un conjunto de minorías, de élites seculares, también con una enorme capacidad de sacrificio y dedicación total. Dedicación total que le es doble sacrificio, pues el peso normal de las obligaciones de la casa y el trabajo limitan enormemente su tiempo. Por eso son élites inestables, siempre amenazadas de discontinuidad. La mayor parte del laicado, aparte de una vida de testimonio cristiano en su cotidianidad, sólo puede dar "horas yapa" para el apostolado específico. Con "tiempo sobrante" de las exigencias de la vida en familia y de trabajo, es imposible constituir élites de máxima concentración y continuidad. Esa es la verdad. Con "horas yapa" no funciona ni la Iglesia, ni ninguna institución. Esos son los límites comunes del laicado, y eso no es ningún pecado. Es simplemente su realidad más habitual, más normal. La Iglesia, el clero y el laicado, deben ser plenamente conscientes de esto. Toda élite es "full time", el clero es por definición el "full time" de la Iglesia. Ergo, será la élite primordial de la Iglesia. Si por hipótesis imagináramos su sustitución, esa sustitución, para ser "élite", tendría que asegurar el "full time". Si no, es cosa dejada a los azares de la historia, a islotes individuales. Cuando se habla de suprimir el celibato sacerdotal, espanta la frivolidad con que se hace. Quien lo quiera, que sepa que quiere una Iglesia estática, conservadora, de difícil renovación. Semejantes pseudo-progresismos esconden una esencia reaccionaria e inmovilista. Ninguna gran empresa histórica se ha llevado a cabo nunca sino por élites en el colmo de la entrega. Así los "revolucionarios profesionales" de nuestro tiempo. La élite clerical ha sido siempre la "revolucionaria profesional" del Evangelio, más allá de todas sus caídas. Sin ella, sin los revolucionarios profesionales del Evangelio, ¿qué será de la misión de la Iglesia en el mundo?

Nos pareció oportuno hacer esta "meditación intermediaria" entre el Documento de Pastoral de Elites y Movimientos Seglares. Es el gozne sin el cual, en la Iglesia, no se comprende bien ni el uno, ni el otro. La importancia y función del clero es obvia, se da por supuesta en Medellín, que le dedica luego varios documentos. Pero era vital, para un mejor entendimiento, señalar algunos rasgos de la élite primordial de la Iglesia, para ver mejor sus implicaciones con la pastoral global, del

pueblo, con la de élites y movimientos seculares.

Sin el marco de la “élite primordial” en la Iglesia, no tendríamos el transfon- do del análisis de los movimientos apostólicos laicales. Como es evidente, este tema - del gozne, de la índole de las diversas élites eclesiales, de sus interacciones daría pa- ra muchísimo más. Nos contentamos con estas generalidades que, lamentablemente, - por lo común, no son tomadas en cuenta. Con lo que se incurre en errores capitales. Es fácil perder de vista lo obvio.

Primero: Situación movimientos Seglares

El Documento retoma el fondo constante de Medellín, la situación de subde- sarrollo, la marginalidad, las condiciones de dependencia económica, política y cultu- ral a las metrópolis industrializadas, las aspiraciones colectivas de participación y de- sarrollo, y por ende de liberación. Señala la “modernización refleja” de los sectores más dinámicos, la creciente urbanización, tenificación, división del trabajo, etc. *Lo que implica una importancia creciente de los grupos y ambientes funcionales, son los fo- cos donde se condensa al máximo la conciencia de la sociedad global, constituyen - los más importantes centros de decisión para el cambio social.* Es decir, que las - nuevas condiciones históricas de la sociedad, sin hacer perder importancia ni minus- valorar lo “territorial”, la parroquia, el barrio, etc, exige de más en más un levantar- se a la altura del proceso global nacional, y son los ámbitos “funcionales” los más - abarcadores. Sin duda, la Iglesia debe ser cada vez más una dialéctica de lo territo- rial y funcional, y cualquier separación la empantana por una punta, o la volatiliza - por la otra.

La nueva situación histórica de transición exige a los movimientos seculares una creatividad, y es la insuficiente respuesta a estos desafíos, lo que explica gran parte de las crisis de los movimientos de apostolado laico. En efecto, fueron decisivos en un - momento de la vida eclesial, pero ahora no se han reajustado. Acotamos, por nuestra parte, que en tanto la pastoral territorial es de suyo más permanente, más “terrestre”, la otra es más dinámica, más nerviosa, exige una inventiva mayor, es más “aérea”, - pero si no es tan asentada y firme, puede ser de incidencia mucho mayor, más difu- siva, aunque librada a sí misma, más frágil. Las formas de “profundidad” de lo terri- torial y funcional, son muy diferentes. Sin su cruzamiento, se debilitan inexorablemen- te de modo mutuo. Podría decirse que la pastoral territorial es más próxima al “do- mus”, en tanto que la “funcional” más próxima a la “polis”.

La crisis de los movimientos laicos apostólicos es síntoma de la débil integra- ción de élites laicales en la Iglesia, de la falta de asesores preparados, de las inseguri- dades de la autonomía laical. Sin embargo, los movimientos laicos han prestado y si- guen prestando grandes servicios. Por otra parte, “en la elaboración de muchas renova- ciones recogidas y confirmadas por el Vaticano II, no puede dejarse de ver el trabajo y la reflexión de muchas generaciones de militantes cristianos”.

Segundo: Criterios Teológico Pastorales

En el seno del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, hay unidad de misión y diversidad de carismas, servicios y funciones, obra del único e idéntico Espíritu, de suerte que todos, a su modo, cooperan unánimemente en la obra común. Así, los laicos participan de la triple función profética, sacerdotal y real de Cristo en vista al cumplimiento de su misión. Esto es lo básico.

Lo típico del laico constituye el compromiso con el mundo, la construcción de la historia, en orden a Dios. Las circunstancias particulares de América Latina, marcan a ese compromiso de una exigencia de participación, liberación y desarrollo. En este orden de compromisos temporales, el laico goza de autonomía y responsabilidad propias en su opción, no deben pensar que los pastores estén siempre en condiciones de poderles dar solución concreta a todas sus cuestiones, aún graves, que surjan. No es esta su misión. Les corresponde la iniciativa sin esperar pasivamente consignas o directrices para penetrar con espíritu cristiano la sociedad en que viven. Y en ese compromiso temporal, la fe está presente como motivación, iluminación y perspectiva escatológica, que da sentido al valor en la historia. La vocación apostólica acaece dentro, y no fuera, de su propio compromiso temporal, profesional. (Señalamos que aquí, “profesión” está empleada en sentido amplio de tipo de trabajo, como en el Documento Justicia, quizá de modo más correcto que cuando el Documento Pastoral de Elites llama “profesional”, con sentido más restringido y “liberal”, a un sector básico de la sociedad.)

Tercero: Recomendaciones Pastorales.

El Documento se concentra en las siguientes: Promover con especial énfasis y urgencia la creación de equipos apostólicos o de movimientos seculares en las estructuras funcionales, particularmente las más estratégicas para impulsar los cambios, dotándolos de una coordinación adecuada y de una pedagogía basada en la lectura de los signos de los tiempos en la trama de los acontecimientos. Allí donde ya existieren dichos equipos o movimientos, alentarlos, y no abandonarlos cuando sus militantes, por las implicaciones sociales del evangelio, sean llevados a compromisos que comportan dolorosas consecuencias. Los movimientos laicos de apostolado, situados en el plano de una más estrecha colaboración con la jerarquía, siguen teniendo vigencia como apostolado organizado, y deben ser promovidos. En todo, debe formentarse una genuina espiritualidad de los laicos, vida de oración y litúrgica.

Dada la creciente interdependencia de las naciones, los laicos deben actuar en los organismos internacionales, para promover el progreso de los pueblos más pobres. Finalmente, es necesario apoyar a los distintos movimientos internacionales de apostolado laico, que unifican el apostolado a escala continental, con tanto sacrificio.

El Documento se cierra formulando votos para que las Conferencias Episcopales y el CELAM hagan los estudios necesarios para crear un Consejo de Laicos en sus respectivos niveles.

Perspectivas

La afirmación central del Documento es plenamente justa. Da el gozne más certero para la organización de su reflexión y su concepto de la misión de los movimientos seculares. En efecto, uno de los rasgos básicos de la emergente sociedad industrial es la *importancia creciente de los grupos y ambientes funcionales, focos donde se condensa al máximo la conciencia de la sociedad global*. Los grupos sociales *“fundados sobre el trabajo, la profesión o la función”* superan cada vez más en la dinámica social a *“las comunidades tradicionales de carácter vecinal o territorial”*. Por supuesto, no las eliminan, pues no son eliminables, ya que el hombre es un ser siempre “localizado”. Y las “comarcas” son unidades reales, que conjugan en su seno a múltiples grupos “funcionales”, dentro de una atmósfera envolvente “propia”. Territorial y funcional, en el sentido del Documento, son inherentes a toda sociedad. Incluso a la Iglesia. Pero *podría sintetizarse el pasaje de las sociedades agrarias a las industriales, por el crecimiento cada vez mayor de lo “funcional” por sobre lo “territorial”*. Este crecimiento asume muchas diferencias según las sociedades de que se trate. Pero la tendencia histórica es esa. Un símbolo expresivo: “economía” designaba primariamente la administración “doméstica”, y de más en más ha pasado a ser “economía política”. De la territorialidad del “domus” a la del Estado global (lo que ya señala un nivel superior de “funcionalidad”) y hoy los Estados ya están hondamente interferidos por la “funcionabilidad” de las compañías multinacionales. Es sólo un ejemplo elocuente. Podría abundarse en esta cuestión, pero para nuestros fines alcanza.

La misma Iglesia vive ostensiblemente ese proceso. Veamos la élite clerical, que es siempre supuesto del estudio de las élites laicales. En las sociedades agrario-urbanas, la vida cotidiana de la Iglesia ha sido ante todo “territorial”. Hoy se vuelve necesariamente más “funcional”. Basta con señalar algunos jalones. En el siglo pasado, a partir de la pérdida de la “territorialidad” romana, el Papado fue el primer órgano de la Iglesia que se volvió casi puramente funcional”. Casi, porque la localización es imprescindible. Siempre había sido el órgano más funcional de la Iglesia pero, desde León XIII, la territorialidad alcanzó su mínima expresión. En cambio, los obispos seguían siendo casi exclusivamente “territoriales”. El más “funcional” era por lógica el de la “capital política” respectiva. Dentro de la élite clerical, si el clero secular es territorial, fueron siempre las órdenes religiosas activas las más funcionales, y de ahí su “exención” relativa de la territorialidad diocesana, y su dependencia directa al Papado. La razón es evidente. La suprema instancia de los funcionales, era la máxima funcionalidad. Aquí dejamos de lado las órdenes contemplativas, que tienen, diríamos, una “territorialidad celeste”. Con el avance de las formas de la sociedad industrial era el Papado el órgano más adecuado para ser el gran orientador asiduo de un episcopado atomizado en sus territorialidades, con escasa perspectiva de las sociedades globales en marcha. Por eso, es el Papado quien impulsa a las élites laicales “funcionales”, que trascendían el ámbito comarcal de los obispos. La adecuación de los episcopados a la nueva dinámica social es reciente, vivimos en sus primeras fases. Sus objetivaciones son principalmente las “Conferencias Episcopales” nacionales, emergencia de la funcionalidad

dentro de cada Estado, más allá de la territorialidad diocesana; y la "pastoral de conjunto" su vocación necesaria. Es la nacionalización funcional de los episcopados. Primero será, por inercia de antiguos hábitos, sólo una "suma" de diócesis, pero su práctica conduce a un nuevo tipo de totalidad. Y en el orden mundial, más funcional - aún que el nacional, se objetiva en los Sínodos trienales, junto al Papado. De tal modo, los episcopados han sido los últimos en alcanzar las nuevas exigencias de la funcionalidad de la sociedad urbano-industrial. Podríamos acotar, que el CELAM es la máxima funcionalidad episcopal latinoamericana, y sólo alcanza las territorialidades concretas, a través de su relación con las Conferencias Episcopales Nacionales. Tiene pues la misión específica de máxima perspectiva globalizadora sobre el conjunto de los problemas y dinámicas latinoamericanas, tal su virtud eminente y a la vez su debilidad, por muy aéreo y poco terrestre. Pero las tendencias de la historia, indican para el CELAM un papel real cada vez más relevante, y necesario para las mismas Conferencias Episcopales Nacionales, demasiado territoriales para medir el proceso de unificación continental, irreversible, cualquiera sea su signo.

El nuevo acento en la colegialidad, señala la creciente participación en la "funcionalidad" de la Iglesia de los episcopados. Incluso las vacilaciones terminológicas entre "Iglesia local" e "Iglesia particular" en su referencia a las diócesis o a las Iglesias nacionales, muestran esta transición. *Y es en esta transición que debemos comprender las relaciones de los episcopados con los movimientos seculares, los desajustes continuos que se producen, los choques de mentalidad, las perspectivas vitales que se entrecuzan, los juicios de valor que no se recubren.*

Medellín habla expresamente de las crisis de las élites clericales. Cierto. La transición que enfrenta la Iglesia de nuestros días es la más grande su historia, nunca tuvo que revisar tanto la élite clerical sus pautas habituales, heredadas de muchos siglos en sociedades agrario-urbanas. Nunca una conmoción social la ha tocado más radicalmente que la emergencia de las sociedades urbano-industriales. De ahí las deserciones de los que no soportan semejante reto. De ahí la nerviosidad y el desasogiego que las reformas del Vaticano II han desencadenado, en unos por enclaustramiento defensivo, en otros por disolución "mundana". La serenidad de la fe y la esperanza se muestra en las tormentas. Los múltiples ritmos de la historia no se miden por los minúsculos ritmos personales, sino en la paciencia, la perseverancia del servicio, la inteligencia de los múltiples ritmos de la comunidad eclesial concreta sus diferentes niveles y razones.

Así, los movimientos seculares "funcionales" son de lo más necesario para la Iglesia de hoy. Si la Iglesia no les da la debida prioridad, acentuará su desfasaje con los "signos de los tiempos". La relativa "calma" de la territorialidad diocesana, en la multifuncionalidad comarcal, en su cercanía al "domus", contrasta con la nerviosidad de los movimientos seculares funcionales, con sus perspectivas, con su movimiento más inasible, pero de una influencia cualitativa, por la índole misma de la sociedad urbano industrial, mucho mayor que su número y sus discontinuidades. *Cuando en el episcopado tome la debida primacía la conciencia de "conferencia na-*

cional", la comprensión mutua se hará sin duda mayor. Pues sólo son integrables en la "pastoral de conjunto". De lo contrario, vegetan en una tarea de Sísifo. Si por un lado, la conciencia territorial tiene sus límites de horizonte, es más multifuncional en su ámbito, en contraste con el horizonte más amplio de los movimientos funcionales, que tiene sin embargo la tendencia a erigir su propia "función" en la medida de todas las cosas. Dos modos de estrechez y amplitud que son contrarios, y que se necesitan. Sólo la Pastoral de conjunto puede acompañarlos. Por supuesto, no siempre tampoco del mismo modo, pues eso depende de la situación real del conjunto de la sociedad global. No hay recetas universales para esas conjunciones. Pero nos parece importante señalar el marco de sus dificultades inherentes.

Todas estas reflexiones manan naturalmente del óptimo punto de partida del Documento de Movimientos Seglares. Sin embargo, anotamos *cierta difusividad en su segunda parte de criterios teológico-pastorales*. Sin entrar en observaciones secundarias, nos parece, en efecto, que *hace más una "teología del laicado" en general, que una "teología de los movimientos apostólicos seculares" en particular. No son lo mismo, y aunque conexas, tienen especificidades que no es posible omitir. No es lo mismo el compromiso autónomo del cristiano en su ámbito y en las tareas temporales, que el compromiso de laicos en movimientos apostólicos, primariamente evangelizadores. Es una frontera a veces muy sutil, que borra en lo concreto las distinciones, pero que no nos eximen de ellas. Todo lo contrario, las exigen más que nunca. La distinción hecha por Maritain parece en extremo oportuna: una cosa es actuar en cristiano, otra es actuar en cuanto cristiano. Actuar en cristiano, corresponde a todos los cristianos, en todo momento y circunstancia. Pero no es lo mismo actuar en cuanto cristiano, eso corresponde, en el laicado, a instituciones específicas y primordialmente evangelizadoras, apostólicas. Las relaciones con la Jerarquía serán así muy distintas en un caso y en otro. Quien actúa en cristiano, será sin duda más autónomo de ella que quien actúe en cuanto. La regla parece muy sencilla: quien quiera la mayor autonomía, que cargue con la mayor responsabilidad propia. Que no pretenda desasirse de la jerarquía en las maduras, y corra exigente a su protección en las verdes. Cosa que encierra un cierto infantilismo e inmadurez en la carga del riesgo de los propios actos. Y cuando se actúa en cuanto cristiano, será responsabilidad la máxima atención a la colaboración y mutua comprensión con la jerarquía, y es asunto que tiene de suyo más límites que el otro caso. Límites bienhechores y justos, que acentúan la necesidad y el carisma de un tipo de vocación laical ante todo directamente evangelizadora. De tal modo, desdibujar la distinción capital de Maritain, y hacer teología del laicado cuando se trata de movimientos seculares, es un semillero de equívocos perpetuo. Lo hemos visto en todos estos años. Claro, es cuestión eminentemente "fronteriza" y en múltiples ocasiones el pasaje de uno a otro es inevitable e indiscernible. Pero, justamente por eso, la discriminación es tarea tan delicada y necesaria! Mi impresión es que todavía hay mucho que recorrer en la teología del laicado y sus diversificaciones.* En el Departamento de Laicos hemos sentido muy intensamente este problema, y las reflexiones que allí hiciera uno de sus asesores de entonces, Ronaldo Muñoz en "Tensiones en una Iglesia Viva", publicado por el servicio de Documentación del Miec-Jeci, nos parecen un punto de partida analítico muy fecundo que requiere ser proseguido

y ampliado. Hay que salir del exceso de generalidades, que luego se pagan caro, y no ayudan para el ejercicio de la discriminación evangélica y realista.

Conviene recordar también, la índole en extremo móvil de las élites laicales, o sea de los movimientos seculares, dada su *dificultad* para una “dedicación completa” a las tareas apostólicas. *La característica es siempre una pequeña minoría que lleva la antorcha sagrada, en medio de un tránsito continuo de gente que se acerca y aleja.* En las élites laicales, por eso mismo, es visible la presencia de viudos y viudas, de matrimonios sin hijos, o que han criado a sus hijos, de solteros y solteras, o de jóvenes antes del matrimonio o antes de la familia. Las exigencias cotidianas del “domus” y el trabajo, alejan a la mayor parte del laicado de una vida activa apostólica. Es un dato tan evidente, que asombra su omisión en las teologías del laicado. Por eso antes hablamos de una idealización “angélica” del laicado, que lleva a decepciones tan ingenuas. Como inevitables, cuando se percibe que, a pesar de tanto machacár, “el laicado” no se mueve así no más. *De ahí también la importancia de los “asesores” clericales en los movimientos laicos, pues su “ful time” asegura la continuidad.* ¡Cuántos movimientos laicales se han desmembrado por la deserción de sus asesores! *Eso indica que el asesor es una columna vertebral necesaria en los movimientos seculares apostólicos. Está requerido por la índole de la mayor parte de las élites laicales. Lo que muestra su importancia. Si la Iglesia quiere tener movimientos seculares apostólicos vivientes, condición de ello es tener una “política de asesores”. Esta política de asesores, tan prioritaria como la movilización apostólica del laicado, falta hoy casi por completo en la Iglesia.* Los asesores deben formarse en una estrategia pastoral, y no sólo por “descarte” de lo “territorial”, inercia de viejos tiempos, y todavía demasiado común. El estudio de tales prioridades corresponde especialmente, por lógica, a las mismas Conferencias Episcopales.

La Iglesia debe saber que si no toma a fondo la cuestión de los asesores, pone en cuestión toda la promoción de un laicado apostólico funcional. Es algo que está en la naturaleza de las cosas. Quien quiere laicado funcional, quiere asesores. Porque si no, nada quiere. Y si no quiere, pues no quejarse del resquebrajamiento de los movimientos laicales apostólicos.

Los asesores no tienen por qué ser clericales siempre y en todo caso. Puede pensarse en laicos. Pero debe asegurárseles el “full time”. Con esto terminamos este aspecto: asegurar continuidad y alto rendimiento a las élites laicales, lleva al problema de —bajo formas que pueden ser muy diversas— de asegurar una responsabilidad rentada a algunas funciones y miembros de cada movimiento laico. Y si no será poco o nada, salvo que el propio laico sea rentista, lo que no parece una medida aconsejable ni universalizable. Sin asesores clericales y/o laicos especializados rentados, no habrá movimientos seculares funcionales con un mínimo de continuidad y eficacia. Creemos que esto tampoco ha sido abordado con la hondura que requiere por la Iglesia. Las soluciones pueden ser múltiples, pero sí indispensable encontrar vías de solución amplia. *De lo contrario, el laicado funcional será solo un tema literario o tarea de vocaciones raras y casi imposibles.* No fundemos las cosas necesarias, sobre lo

raro e imposible, sino sobre lo normal en la vida de los laicos. Son cosas que los partidos políticos o las dirigencias sindicales saben muy bien, pero que la Iglesia parece no evaluar, perdida en apreciaciones angélicas sobre el laicado promovido. Este aspecto se liga mucho a la *crisis* continúa de los movimientos laicales, aunque no sea su única causa. A la desproporción de los esfuerzos realizados y el escaso fruto recogido. ¿No habrá un desajuste en el planteo mismo de los problemas?

En relación a recomendaciones pastorales, deben tomarse conjuntamente las de Movimientos Seglares y Pastoral de Elites. De tal modo, se comprenden mejor y dan una perspectiva más rica. Aquí también se manifiestan las vacilaciones que señalamos con relación a la tercera idea rectora de Medellín, es decir, en referencia a las exigencias de levantar una sociedad industrial "bidimensional" en América Latina. Por ejemplo, Pastoral de Elites pone énfasis en una pastoral de la cultura, referida especialmente a artistas y hombres de letras. Excelente, pues la Iglesia en América Latina, extrañada de la mayor parte de sus movimientos culturales, carece por lo común de una pastoral de la cultura. Sólo retazos, por siglos la Iglesia ha estimulado las artes y las letras. En cambio, hoy, en América Latina, en este aspecto, su papel no puede ser más escaso y su ausencia más notoria. Aunque hay muchos signos alentadores, especialmente a través del "deshecho" de la liturgia. Pero Pastoral de Elites *ni menciona, a su vez, el gigantesco reto de las ciencias y su importancia pastoral en la emergencia de la sociedad industrial. No hay* pastoral para el mundo científico ni que lo incluya. Se limita a hacer énfasis en otra ausencia de la Iglesia: la pastoral del mundo obrero. Es un hecho que la Iglesia está más concentrada en clases medias urbanas, en sectores rurales o grupos marginados que en el creciente proletariado industrial de América Latina. Mundo obrero que será el mayoritario, o muy cerca de ello, dentro del pueblo latinoamericano dentro de 25 años. En este sentido, pastoral de élites asume un aspecto vital de la sociedad industrial. Sin embargo, insistimos, ni en pastoral de élites ni en movimientos seglares, termina por unificarse de modo centrado el hecho de la sociedad industrial y sus exigencias. Pareciera que al haberse separado en dos documentos, hubieran perdido la posibilidad de un mejor desarrollo de sus propios principios. Esta reflexión no hace más que subrayar la exactitud del señalar las indecisiones de Medellín en su tercera idea rectora.

Medellín no termina de caracterizar las exigencias propias de esta transición que vivimos entre dos épocas. No es exclusivo suyo, es de la Iglesia entera en América Latina.

Aquí vale una última reflexión. Hablamos "grosso modo" pues no es oportunidad de disquisiciones precisas. Sólo queremos dar una idea rápida y aproximada de la cuestión. Simplificaremos tanto que quizá no alcancemos una inteligibilidad suficiente. Dice Cassirer que "signo es una parte del mundo físico del ente; un símbolo es una parte del mundo humano de la significación". Y es un hecho, que *la cultura "moderna", desde la Revolución Científica de la física-matemática, ha dado primacía al conocimiento por signos por sobre el conocimiento simbólico. Que ha convertido al signo en el medida y el juez del símbolo, y que la Iglesia ha sido la gran custo-*

dia, la heroica custodia, de la verdad radical del conocimiento simbólico del hombre. Del conocimiento de lo sagrado. Y dentro de la Iglesia, ha sido la élite clerical, digamos - la más especializada en el conocimiento y el vivir simbólicos. Ha luchado sin descanso contra la marea ascendente del "positivismo", imperialista en sus múltiples formas. - Pero, por su índole, esta élite era la menos apta para comprender y asumir de modo congruente las virtudes de ese positivismo, de apreciar sus inmensas repercusiones. Cuando lo reconoce, lo hace un poco de "afuera", sin establecer las conexiones próximas - o remotas de los signos y los símbolos. O, por el contrario, queda deslumbrada, y se zambulle con ingenuidad acogedora en estos positivismos olvidando que estos también - están de hecho repletos de una simbólica inmanentista y no cristiana. Tal acaece, por - ejemplo con muchas de las llamadas "ciencias sociales" o con el marxismo. O se establecen meras yuxtaposiciones, que terminan en esquizofrenia. El impacto de la cultura de los signos es tan grande, que conduce a increíbles "desmitizaciones", a la destrucción de la cultura de los símbolos, por un "reductivismo" insaciable. *La construcción de una sociedad urbano industrial "bidimensional" implica una congruencia básica de la cultura de los signos y la cultura de los símbolos. Implica así una auténtica "revolución cultural", Implica una nueva política de la cultura, integradora, por parte de - la Iglesia. Lo que es una magna y diversificada cuestión epistemológica. Está en el - núcleo mismo de la posibilidad de evangelización en una sociedad industrial. No se - trata de hacer una cultura simbólica, sino más estrictamente, una cultura industrial simbólica.* O somos conscientes de ese cisma actual y sus exigencias de superación, o vulneramos nuestra propia responsabilidad por la verdad esencial de la simbólica. *Es en esa dirección que se mueve todo este enfoque sobre la problemática de la "sociedad industrial", y de sus implicaciones en todos los niveles de la evangelización.* La lucha de signos y símbolos está, ppo ejemplo, en el corazón de las cuestiones del porvenir de la "religiosidad popular". Pero, en el Documento respectivo, no se entra en el fondo de la cuestión, queda sólo en la superficie, ni roza las cuestiones que plantea la - "imaginación simbólica", inherente a la verdad del conocimiento religioso, y su relación con una emergencia social que no puede desconocer el "peso real de los signos". - Más aún, esa lucha de signos y símbolos está en el corazón de las cuestiones del porvenir de la Iglesia misma. Por relegar las ciencias, sus lenguajes, dentro de la lógica - misional, los cristianos terminan engullendo cualquier cosa que se autoproclame - "ciencia". *De ahí nuestra insistencia y la importancia que otorgamos a las vacilaciones de - la tercera idea rectora de Medellín. Exponen las dificultades actuales de la Iglesia misma. Si Medellín olvida la importancia misional de la ciencia y tecnología, en sus recomendaciones pastorales, salvo alusiones sueltas, nos libramos a la vengaza de los fantasmas reprimidos o no tomados demasiado en serio.* Tal el sentido de nuestra preocupación por la conexión íntima de ciencia e industria en relación a la evangelización a la altura de los "signos de los tiempos". Por fortuna, en ese siglo, son de más en más crecientes, aún en los ámbitos secularizados, desde el psicoanálisis, la antropología, la etnología, la filosofía, el rescate de hermeneútics instaurativas del valor de la simbólica, superando el aplanar de las hermeneútics reductivas. Desde ya, se avizoran los - más altos horizontes, pero hay que remontarlos. Esa es tarea fundamental, para proclamar a Cristo arraigado para la participación, para la lucha por la justicia y la liberación.

Recapitulando toda esta perspectiva, referente a los Documentos de Pastoral de Elites y Movimientos Seglares, podríamos sintetizarla así: *La Iglesia todavía no se ha elevado a un nivel adecuado para una pastoral de elites y para la constitución de movimientos seglares apostólicos funcionales de envergadura*. Es todavía una resultante de su transición de lo territorial a lo funcional. Por ejemplo, entre los movimientos seglares, lo más acogido por los episcopados es referido a la pastoral familiar. ¡Dios nos salve de minusvalorizar a la familia, ya hemos sido claros al respecto! Pero acaece así justamente porque la familia es de suyo territorial, es más cercana a una sensibilidad territorial. En cierto sentido, es el menos "funcional" de los movimientos seglares, y más un indispensable servicio a lo territorial, desde perspectivas globalizadoras. En relación a los otros movimientos laicales funcionales, casi nos atrevemos a decir que sólo estamos en sus balbucesos de nacimiento, sin desmedro del tiempo transcurrido. Pocas décadas, son muy poco, en tan largo camino. Lo que no es menoscabar su urgencia.

Cerramos ya nuestra reflexión sobre Medellín y los documentos que nos correspondían. *Ahora sólo un breve apéndice sobre la acción desarrollada por el Departamento de Laicos dentro de estas perspectivas.*

La acción del Departamento de Laicos se inicia en 1970. Trazó sus hipótesis de partida desde Medellín y la teología de la Liberación. Primero se relacionó con los movimientos seglares funcionales, de escala latinoamericana. Eran sus interlocutores más naturales e inmediatos, que atravesaban entonces una intensa crisis. Se realizaron numerosos encuentros, individuales y conjuntos, fijando el marco de la crisis, sus características, tanto en relación a la sociedad global como en relación a la Iglesia. Se detectaron los problemas más acuciantes y su orden, para orientar una reflexión común.

En todo este proceso, las hipótesis iniciales se fueron ampliando y modificando. Se hicieron más complejas. De la relación vaga Iglesia-Mundo, se pasó a la dinámica más concreta de Iglesia-Estados; y de una visión demasiado a bulto de América Latina, a otra más perfilada y diferenciada, en análisis de sus estructuras y dinámicas geopolíticas, ubicando las tensiones sociales y eclesiales dentro de ellas. La reunión general de Lima, en 1972, fijó ya más claramente la problemática y las líneas de orientación fundamentales.

Así el Departamento de Laicos se convirtió en impulsor y lugar de diálogo de los movimientos seglares, antes demasiado comunicados entre sí. Se hizo lugar de convergencias. En 1974, en Buenos Aires, también de modo conjunto, se fijaron las prioridades nuevas del Departamento de Laicos: prioridad de una política de la cultura y prioridad de una pastoral centrada en la industrialización y la emergencia del mundo obrero. Con el fondo básico de una preocupación de determinar las formas de cultura popular latinoamericanas y los tipos de religiosidad popular. En 1975, el CELAM aprobó estas prioridades para el Departamento de Laicos, sin desmedro del seguimiento atento de los Movimientos Seglares. Con estos ya se ha convenido una reu-

unión general trienal, para intercambio de todo lo hecho y de las perspectivas que se tengan. La próxima reunión general será para 1977.

Por otra parte, desde su comienzo, el Departamento de Laicos procuró “aterri-
zar” en lo nacional. Primero con reuniones generales en América del Sur y Centro -
América-México, con todos los presidentes de los Departamentos de Laicos nacionales.
Ahora ya se está pasando a las reuniones estrictamente nacionales, con los Departa-
mentos de Laicos respectivos y sus movimientos laicales nacionales. Así, se irán inter-
comunicando las diversas experiencias, las nuevas pistas, y se intentará alcanzar un -
panorama pormenorizado de la problemática laical país por país, en toda América La-
tina, para lograr finalmente una nueva visión tan global como detallada y realista.

Tales son, en suma los caminos actuales del Departamento de Laicos, en conti-
nuidad desde sus comienzos. Medellín, el primer gran acto funcional del Episcopado -
Latinoamericano, ha sido nuestro punto de partida y animación. Por eso, al paso de -
los años y las nuevas experiencias y reflexiones, nos hemos permitido esta reflexión -
crítica y fiel sobre nuestra propia fuente, desde ella misma y sus consecuencias en -
nosotros.